

Felisberto Hernández

Edición Dominio Público

Relatos varios de los años 40 y 50

Felisberto Hernández

EDICIÓN DOMINIO PÚBLICO





La Fundación Felisberto Hernández ha revisado los textos contenidos en la presente edición.

La portada de esta edición ha sido creada por Creative Commons Uruguay.

Los textos han sido publicados en Wikisource.





Índice

Introducción a la edición

La presente edición es una colección de los textos no agrupados en libros, o libros en sí mismos, que publicó Felisberto Hernández en los años 1940 y 1950.

La agrupación de estos textos en la presente colección cuenta con la aprobación de la Fundación Felisberto Hernández.

Equipo de Creative Commons Uruguay

La pelota

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita –pronto para correr– yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi como ella la redondeaba; tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas "patadas" me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos

que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo, pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo.) En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una "patada" bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce, yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda. Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me

moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.

Manos equivocadas

A Irene:

No se inquiete. Es decir me gustaría que se inquietara un poco, si en esa inquietud hubiera curiosidad. Precisamente la curiosidad es la causa de que yo haya querido escribirle –ya le explicaré con todos los detalles posibles esta actitud–; pero antes tengo que decirle que no la comprometeré; lo que le escribo lo podrá leer todo el mundo: no encontrarán otra cosa que curiosidad, y sobre todo, una curiosidad libre, pues su nombre fue tomado al azar entre muchos. Yo no tenía ninguna disposición anterior acerca de su persona; pero su nombre, tomado entre muchos, fue la primera cosa de lo desconocido en que se detuvo mi curiosidad. En el movimiento que ella hizo para ir a posarse sobre su nombre también me encontré con lo desconocido. Y por último, en mi propia curiosidad, en lo hondo de ella, también me encuentro siempre con lo desconocido: lo poco que de ella sé, lo encontrará usted en la prometida historia; y mi empecinamiento en contestársela es por la necesidad de que le resulte lo menos violenta posible esta actitud mía. Sin embargo, lo primero que me impulsó a realizar esta carta, fue la esperanza de que la persona a quien me dirigía, sufriera una curiosidad parecida.

Desde hace muchos años y hasta hace pocos meses, mi locura anduvo vagando por las ciencias. Allí también sentí curiosidad y allí también sentí lo desconocido. Pero una noche en que estaba distraído y miraba la calle casi oscura de mi casa y por la cual pasaban algunas personas, se me empezó a cambiar la curiosidad y el

interés de lo desconocido: se volvieron hacia las personas que pasaban. Algunas llevaban la cabeza baja y yo sentí deseos de saber lo que sentían y pensaban en aquel momento. Hubiera sido absurdo pretender saberlo; pero ese deseo estuvo en mí desde esa noche. A la mañana siguiente, cuando hacía poco rato que estaba despierto, tuve el precipitado deseo de salir de mi casa y ver cómo serían las personas que viajaban en los mismos ómnibus que yo y las que encontraría por las calles. Desde ese día me interesó ver y sentir desde temprano el movimiento de las calles con sus personas y sus cosas. Caminaba entre la gente con el mismo descuido que había tenido en mi casa para arreglarme antes de salir; no buscaba nada y sabía que encontraría algo: ya lo estaba encontrando. Era eso desconocido a que me entregué aquella noche en mi casa, cuando estaba apoyado con los brazos en la verja de madera, y cuando vi pasar a las personas como a figuras extrañas, mucho más desconocidas y alejadas que antes. Tan extrañas, desconocidas y alejadas las volví a ver al otro día de mañana, a pesar de la luz del día, a pesar de ser yo también otra de las personas que iban por las calles, y a pesar de tenerlas tan cerca cuando viajaba en los ómnibus. Pero la noche de ese mismo día me di cuenta de que lo desconocido aparecía más en la noche que en el día: en la noche yo también sentía que alrededor del espíritu tenía un poco de oscuridad, y que a mis pensamientos, por más claros que fueran, les llegaba algo de la sugestión del espíritu y de la noche. Cuando más oscuro era el aire, más grande era la sugestión de lo desconocido. No importaba que ese mismo aire llegara hasta donde estaban las lamparillas; aunque yo estuviera distraído o pensando en otra cosa, sentía que más allá de donde ellas alcanzaban, estaba siempre aquel mismo aire cargado de oscuridad. Además comprendía que lo desconocido era furtivo: pasaba en el fondo de una calle, junto con un ferrocarril que cruzaba; cuando creía encontrarse con una persona conocida y después

resultaba que no era; en momentos que una mujer en el cine se daba vuelta para atrás y miraba como buscando a alguien: al salir varias personas de un zaguán; cuando en una esquina a la que había mirado unos momentos antes, aparecían como llamitas recién encendidas las figuras de dos muchachas; cuando una mujer soltaba una carcajada y la ahogaba con un pañuelo; cuando dos personas desconocidas hablaban cerca, de otra que yo conocía; cuando al volver a mi casa tarde de la noche, me parecía ver de pronto la cara de un hombre que había muerto hacía tiempo; y cuántas cosas de extraña incoherencia.

Otra noche me di cuenta de otra cosa más de lo desconocido: no siempre llega de pronto y chocando contra mí, sino que a veces llega como si yo estuviera durmiendo y me empezaran a poner cobijas muy livianas y después más pesadas, hasta que me despertaba y las tiraba.

Una vez yo estaba sentado en el centro de la tertulia de un teatro y en la platea veía la parte de atrás de un saco de terciopelo negro de la cual salía una cabeza rubia y unas manos y brazos enguantados de cabritilla blanca. Yo miraba distraídamente los movimientos de aquella cabeza y de aquellos brazos, y poco a poco fui sintiendo que esos movimientos y esa gracia tan extraña, habían sido vistos por otra persona en uno de sus sueños... Después se levantó el telón y atendí a la escena.

Otra vez en un cine muy lujoso y casi vacío, empecé a sentir poco a poco una inexplicable angustia: aquella angustia me la había venido creando la suntuosidad, y en esa misma suntuosidad había un silencio extraño... Pero otra vez descubrí que sentía esa misma angustia desconocida en salas llenas de voces alegres y de mujeres graciosamente vestidas, y que además, en esas mismas salas alegres, también aparecía lo desconocido fugaz: en el momento en que una persona hacía un movimiento que aun visto por ella misma le hubiera resultado extraño; en la forma con que una persona miraba a

otras que recién entraban; en una seña desconocida de una fina mano de mujer…

He interrumpido esta carta porque un amigo vino a buscarme para ir a una fiesta. Allí, alguien, comentando los colores con que una mujer se había pintado las ojeras, pronunció su nombre. El corazón se me detuvo. Y al ir constatando que no podía haber dos personas con su nombre, empecé a pensar de nuevo en lo desconocido. ¿Acaso el haberla encontrado cuando le escribía como a una persona desconocida no es otra cosa más de lo desconocido? Además, después que nos presentaron y de haber conversado juntos tanto rato, me di cuenta de que en usted había muchas cosas maravillosamente desconocidas; y entonces pensé que lo que faltaba decir en mi carta se volvía más fácil: pedirle que abandonara algo de los instantes en los que sienta eso que digo hasta el cansancio y con esa vulgar palabra: “desconocido”. ¿Le interesará hacer la historia de estos instantes?

El cartero llega a casa al oscurecer y a esa hora yo estaré pensando que a lo mejor usted me escribe.

Un saludo.

A Inés:

Hoy me desperté tarde; sin embargo no me levanté en seguida, porque tuve que acordarme de lo que pasó anoche. Y como anoche la persona vestida de luto era usted, y los demás, y el ruido y la luz eran de una calidad de confusión como de una antigua película de cine, sentí que si me levantaba y le escribía, tendría el privilegio de dirigirme a la figura imprecisa de un sueño. Pero antes de levantarme, la atención se me detuvo en el clavel rojo de la solapa de mi saco, y me pareció que mi traje era del personaje que anoche habló con usted, de aquel “yo” que también era de sueño.

De usted brotaban cosas que no recuerdo tanto por sus palabras como por su actitud mientras conversaba; y cuando conversaba yo, no me parecía que yo mismo hablara sino que seguía sintiendo lo que usted decía con sus gestos.

La luz al pasar por el ala calada de su sombrero, hacía arabescos de sombra en la parte superior de su cara, y lo que había en sus dientes muy blancos no parecía tener que ver con el brillo de sus ojos negros en la sombra de los arabescos. Pero cuando salimos del bar y caminábamos juntos, esa sombra se movía más, y cuando pasábamos debajo de los focos, parecía que de su frente caía un antifaz.

También siento sombras de sueño al acordarme de cómo caminábamos nosotros dos: tan pronto íbamos juntos, como nos separaban los compañeros y quedábamos en los extremos de la línea. Pero de pronto yo me adelantaba un poco, veía que usted con su gesto se dirigía a mí, y en seguida me encontraba a su lado. Después, yo me había adelantado mucho trecho con un compañero; sentimos que nos llamaban porque algunos se separarían del grupo; y entonces, al encontrarme con usted y verla sin aquel sombrero y con aquella cabellera, sentí algo que sería como el epílogo de la noche.

Ahora han pasado algunos días. Yo he deseado no mover más los recuerdos y he preferido que ellos durmieran, pero ellos han soñado.

Ahora hace veinticuatro horas que la vi por la calle y llevaba otro sombrero. Yo estoy muy lejos, es de noche, y también el presente me parece un sueño. ¿Cómo es que la volví a encontrar, y llevaba otro sombrero, y yo tuve que salir de Montevideo anoche mismo? El amigo con quien yo debía venir, salía de ahí a las pocas horas que usted se despedía de mí sin saberlo. Y recordaba todo eso en un lugar donde nunca estuve, y que es solo y pintoresco, es lo que hace de sueño el presente.

Esta tarde, al pasar por un maravilloso lugar que hace el arroyo en el bosque, pensé que a lo mejor ahí mismo leería una carta que usted

me mandaría, y hasta que venga, estaré ocupado en esperarla. ¿Me escribirá pronto?

Todavía estoy en el saludo que le ofrecí anoche, y todavía tengo el suyo.

A Inés:

Hace muchos días que vivo realizando cosas que siento como fuera de mí; aunque ellas sean espontáneas y ligadas a mi intimidad, igual las sigo sintiendo como fuera de mí: ocurren cuando estoy con mis amigos y cuando toco el piano. Pero en los poquísimos momentos que me encuentro solo, en los momentos antes de dormirme y en los antes de levantarme, siento que dentro de mí, y aun cuando no he pensado en ello, ha seguido formándose lo que empezó aquella noche.

La primera vez que me di cuenta de eso fue aquella otra noche que usted llevaba otro sombrero. Eso había crecido escondido en muchos instantes durante los cuales yo no pensaba en él, y cuando la encontré me sorprendió de una manera muy extraña: sentí, que sin saberlo, se me había preparado un espacio donde caería y quedaría como encerrada la emoción de ese encuentro.

Después, en ese mismo espacio donde cayó la emoción, se ha ido formando un sentimiento; ese sentimiento está siempre junto a mí, aun en los momentos que yo no recuerdo que existe; pero de pronto aparece y me sorprende con una suave palpitación; entonces hago un silencio en medio de una conversación, o me distraigo o siento con más intensidad lo que estoy tocando en el piano.

A veces, cuando me llega la suave palpitación, creo que sin darme cuenta la esperaba; pero hay otros momentos que me toman tan desprevenido como si me diera vuelta y viera en el sentido opuesto de mi camino, una imprecisa y larga sombra; después esa sombra se cambia y nunca acierto a prever de dónde me viene la luz y hacia

dónde va mi sombra...

El día que llegó su carta –esa carta que ahora es muy mía y que tanto estimo y respeto– ya las palpitaciones no fueron suaves.

Un intenso saludo.

A Irene:

El deseo se me ha acostumbrado a escribirle algunas de las cosas que siento y pienso. Pero ni lo que pienso yo ni los hombres inteligentes, ni lo que descubren los sabios –aunque todo esto me interese mucho–, es lo que prefiero encontrar en la vida. Es decir, a veces me gustaría llegar en los momentos que los pensamientos de los hombres inteligentes toman extraños giros y se pierden... y en los momentos de apasionado empecinamiento de los sabios al buscar...

Sin embargo, ahora yo me tendré que valer del pensamiento para decirle qué es lo que prefiero encontrar. Siempre son esas mismas cosas de lo desconocido. Mi locura me ha hecho buscarlas por todas partes. Las he seguido buscando, en las novelas ligeras a pesar de ser cursis y falsas, y en las grandes obras a pesar de ser autores muy diestros en manejar el pensamiento; pero siempre en momentos que parece que el autor no supo que quedaba eso; en los momentos que dejó eso de paso; en los momentos que escribió algo que no le enorgullecerá, y que tal vez nunca citará ni recordará.

Anoche llegué al cine cuando la cinta estaba empezada; y fui sintiendo lo desconocido que me interesa mientras no percibí el plan de la película. También lo siento a veces a pesar del plan; y por esas pequeñas posibilidades, es que voy siempre al cine.

Una vez escribí dos trozos con muy poca intención y con poco producto del pensamiento; pero que tienen lo que me gusta encontrar.

COSAS QUE ME GUSTARÍA QUE PASARAN

Estaría sentado en el césped de un pequeño bosque. Pensaría en otras cosas que no tendrían nada que ver con el bosque. Pero de pronto estaría distraído y miraría de arriba abajo los grandes árboles.

Después, los troncos de los grandes árboles me interrumpirían la visión de las personas que cruzaban a alguna distancia.

Una de ellas caminaría levantando un poco de polvo y yo me daría cuenta de que por allí cruzaba un camino polvoriento.

Pero antes de terminar de suponerme el camino, cruzaría una mujer joven.

Sería linda, pero yo no sabría adónde iba, y por qué casi corría.

No se me ocurriría seguirla, ni pensaría que yo tenía tan agradable pereza; a lo mejor, algún otro día volvería a ver a aquella mujer.

Me levantaría del césped y después estaría en otro lado.

Pero aquella mujer y las demás cosas del pequeño bosque, descansarían en mi olvido hasta quién sabe cuándo.

Sería de noche.

Yo estaría llegando de la oscuridad de una carretera que tendría quintas a los lados.

Al entrar en el cruce de una calle empedrada y alumbrada, me parecería que entraba en un escenario y que sentía miradas sobre mí: entonces me detendría en una de las esquinas como para esperar algo.

Nadie me miraría a pesar de haber enfrente un boliche concurrido.

Me miraría un hombre que estaría cerca del boliche y en actitud de esperar el tranvía: ese hombre sería un dramaturgo a quien me hubiera gustado conocer, pero todavía no se me habría presentado la oportunidad de que me lo presentaran.

Yo miraría para arriba. En el centro del cruce habría un foco.

La luz, más fuerte que él, estaría metida en las copas de los

paraísos que a esa altura se encontrarían.

Después el dramaturgo tomaría el tranvía y yo entraría en el boliche.

Ahora se me antoja hacer la historia de mi atrevimiento al haber copiado aquí esas cosas tan simples.

Pensaba hace mucho que si nuestro apreciado pensamiento soñaba con plantear concretamente el orden y la ponderación de todo lo que hay en el espíritu, es posible que antes de morir su dueño, las fuerzas espontáneas de la Naturaleza le despertaran de semejante pesadilla, y se encontrara con que a veces la realidad es oscura y confusa en sí, y que cuando los escritores y psicólogos creen haberla aclarado, se refieren a otra cosa; ellos convierten la realidad oscura en realidad clara y entonces ésa no es la realidad con su real color, calidad y condición; que eso que ellos plantean es una realidad de sus cabezas y no tiene nada que ver con los hechos que espontáneamente ocurren en el espíritu.

En esa real confusión, tan pronto la vanidad parece que toma de sirviente al pensamiento como que es el pensamiento el autor de ella, o que es él quien la hace crecer, etc. Pero sé que al fin nuestro apreciado pensamiento interviene en nuestros dolores, placeres y sentimientos y especula para que nuestro espíritu sea superior y nuestra personalidad cotizada. Hasta cierto grado esto lo sentiría con simpatía; sólo que cuando la vanidad es demasiado predominante y hace también demasiado predominante nuestro pensamiento, la vida es una rara tortura. Muchas veces no se tiene resistencia para esta tortura y el paciente se salva; pero otras veces resiste en ese estado hasta la muerte. Yo había escrito esto en un cuento:

“Aquel tipo que era yo antes de conocerla, tenía la indiferencia del cansancio. Si la hubiera conocido mucho antes, mucho antes hubiera gastado mis energías en amarla; pero como no la encontré esas

energías las gasté en pensar: había pensado tanto, que había descubierto lo vano y lo falso del pensamiento cuando éste cree que es en primer término, quien dirige nuestro destino. Y a pesar de esto, seguía pensando, mis energías seguían atacándome el pensamiento y sentía el más antipático cansancio. Este tipo que soy yo ahora descansa en la inquietud de amar a su antojo; pero desde el 19 de mayo –dos días después de empezar la historia– hasta el 6 de junio –el día en que yo mismo suspendí la historia porque al día siguiente temprano salí de la ciudad en que ella vivía–, en esos veintidós días que median entre esas dos fechas, descansé además en sus grandes ojos azules –también era grande la distancia que había de sus ojos a las cejas, de ese espacio pintado de azul tenue, y de esa bóveda azul, parecía que descendía eso que había en sus ojos, eso que me hizo descansar de mis pensamientos y amarla con toda la amplitud de mis ganas".

El pensamiento, a pesar de haberse descubierto, insiste y da explicaciones de por qué insiste. Yo no hubiera querido escribirle en esta carta cosas del pensamiento y mire cuánto pienso para eliminar el pensamiento. Éste es el castigo de quienes lo atacan: seguir pensando. Sin embargo ahora mi pensamiento me da explicaciones –y sigue pensando–: escribir lo que piensa en un medio de muchas posibilidades para eliminar el pensamiento. Además tengo la esperanza de que atacándolo fuertemente en los primeros momentos, nuestras cartas se verán más aliviadas de él. Precisamente, los dos trocitos que copié estaban muy aliviados. Pero no he hecho todavía toda mi defensa por haber copiado eso, aunque todo lo que haya dicho me sirva.

Si es cierto que en el recuerdo quedan algunas cosas, por la intensidad con que el pensamiento ha hecho jugar a los sentimientos, también es cierto que quedan otras cosas en las cuales el

pensamiento ha tenido poca intervención. Eso ocurre con recuerdos de la niñez; y precisamente, porque yo creo que en mí algo se quedó niño, es que busco con una sencillez especial; por eso encontré esa onda de lo desconocido que me interesa. También me alegran y me gustan los recuerdos de los momentos en que he sentido la vida con tan poco significado y en ese estado tan sin tensión del espíritu y del pensamiento.

Todavía un poco más; no crea que cuando nos toma el pensamiento, nos suelta tan pronto. Aún quiero epilogar explicándole más ampliamente el objeto de todo cuanto he dicho del pensamiento –precisamente, el tener objeto es cosa del pensamiento. Además quiero librar nuestras cartas en todo lo posible de cosas del pensamiento. Con respecto a mí mismo y con esa esperanza, es que quise dejar todo eso como medio de que no me atacara tanto en adelante; con respecto a lo desconocido, hacer más nítida la onda al especificar que en ella hay poco pensamiento; con respecto al recuerdo de hechos, pintar los que hayan tenido poca intervención de pensamientos; con respecto a lo que copié, defender –precisamente el pensamiento es una cosa de atacar y defender– la simplicidad de las cosas copiadas; para defenderme también de la falta de ilación –precisamente es el pensamiento el que hila– y por último, saber si a usted le interesa esa onda en que le propongo que escriba, porque jamás le pediría que lo hiciera sobre un tema impuesto, aunque tuviera la esperanza de que sufriera como ahora, la misma curiosidad que yo.

Si usted me escribe, tampoco se tome trabajo para hacerlo, porque desearía que le resultara un placer ligero, y que tuviera algo de esa riqueza de cosas femeninas que hay en usted cuando juega y cuando mueve su espíritu con tantas alegrías inesperadas. Un gran saludo.

A Margarita:

No es necesario que lea en seguida esta historia: preferiría que la leyera en momentos en que no tuviera necesidad ni ganas de pensar en nada –aunque en ese caso es cuando se piensa en esas cosas...

Hace poco tiempo, y en el andén de una pequeña estación, mientras yo esperaba un ferrocarril que tardaría, se reunieron en mí unos recuerdos y unos pensamientos, y me hicieron comprender lo grande que era en mi vida un deseo sencillo. En el resultado exterior de este deseo, sentía inmensa dicha en escribir algunas cartas y recibir otras. Era más sencillo todavía el sentimiento que provocaba este deseo: un sentimiento de alegría tranquila y lenta, que quería ir a encontrarse con cosas inesperadas, y que al mismo tiempo las esperaba. Al otro día y cuando estaba en mi pequeña casa –que está en un barrio alejado, pintoresco y tranquilo– volvió a insistir –como insistiría un niño para que le hicieran un cuento–, el inmenso deseo de escribir algunas cartas y recibir otras. Y en seguida empecé a suponer la emoción que tendría, al dejar en una carta cosas sentidas en la soledad de mi pequeña casa; al ir a poner mi carta en medio del barullo de la ciudad; al volver a mi casa y suponer cómo habría llegado mi carta a la soledad íntima de una mujer que viviera en medio de una multitud desconocida; y por último, al pensar en el día que llegara a la tranquilidad de mi barrio pintoresco, la otra carta, la que traería escondidas algunas de las cosas que son para esperar.

Todas estas suposiciones no eran muy claras. Unas veces me parecía que aguardaban y otras que intervenían con disimulo y vaguedad, el recuerdo y la suposición de mujeres extraordinarias. Pero a medida que mis pensamientos atacaban los recuerdos, desaparecían más las que imaginaba, y aparecían las que conocía; entonces todo se volvía más franco y más claro; cada una de ellas se detenía, y las rodeaban los recuerdos que a cada una correspondían. A veces los recuerdos de una se enganchaban con los de otra, y las

veía juntas en una entrevista; pero de pronto recordaba una conversación en que cada una defendía sus encantos, y las volvía a ver separadas.

Al imaginarme cómo caería una carta mía en el misterio de cada una, pensaba que por más sencillo que fuera ese misterio, yo tendría la suerte de no saber qué cosas se producirían en cada espíritu. Y entonces, el inmenso deseo de sentir ese sencillo misterio, el inmenso deseo de moverlo y ver si era amigo del mío, me hizo caer en los mismos lugares hacia donde me habían empujado los pensamientos y los recuerdos que se habían reunido en mí el día anterior, cuando estaba en el andén de una pequeña estación y esperaba un ferrocarril que tardaría.

En esos momentos en que pensaba en el misterio de una mujer, el presentimiento se inquietaba y en el espíritu había algo doble: lo de saber que había una cosa y lo de querer saber cuál era su forma, lo de sentir que existía y lo de desear sentir su manera de moverse y de existir.

Otra de las cosas que percibí me ocurrían en el espíritu, era que no sentía límite ni distancia en el momento de producirse el presentimiento del misterio de un espíritu, y el deseo de llegar hasta él con los medios que necesitaría; estas dos cosas estaban más que ligadas, estaban juntas y se confundían en el momento que nacían; yo no sabía si el presentimiento del misterio me había despertado el deseo de caminar hacia él, o si el deseo de caminar me había hecho presentir el misterio. Pero lo que sabía seguro era que todo eso era la aventura que más deseaba mi espíritu, y que esa aventura había empezado cuando aquellos recuerdos y aquellos pensamientos se reunieron.

Al llegar aquí quise distraerme y no pensar en eso; me ponía el pretexto de que quería planear bien la aventura; pero también sentía como un ligero temor de gastar esa emoción porque esa emoción se

me terminaría. Entonces, después de haber dominado el interés de seguir pensando en eso, y cuando hacía y pensaba otras cosas, me atacaba con mucha prudencia y con cierta contenida emoción, la curiosidad de saber a quién dirigiría mi primera carta y las cosas que en ella pondría.

Esa misma noche estaba muy contento. Había ido al centro de la ciudad y me encontraba rodeado de barullo y de personas conocidas. Pero esa noche, ese barullo, esas personas, y los pedazos de cosas que oía, me dieron una angustia rara y fea, porque he tenido otras angustias que en el recuerdo y hasta en el momento de ser sentidas, han tenido como algo de bueno; también han sido más mías y me ha parecido como que mi sentimiento las comprendía, y la tristeza que habían dejado en el recuerdo era de una calidad fina; pero angustias como la de aquella noche, eran como cosas que no pertenecían a mi vida, como incomprensibles para mi sentimiento, como una enfermedad para la cual mi organismo no hubiera tenido predisposición, como algo que hubiera llegado a mí equivocado.

Cuando volvía en el tranvía a mi casa, y trataba de sacudirme esa rara y fea angustia y miraba distraído los cuadros de luces del tranvía al pasar por las calles y subir las veredas, llegó hasta mí un pensamiento inútil, falso y vicioso; pensé en lo que hubiera ocurrido si yo hubiera descubierto mi secreto ante las personas conocidas; ese pensamiento me hacía sentir el mismo vértigo y la misma sugestión que sentiría si tocara con un pie la arista del borde de un rascacielos; y sin embargo me fue útil, pues por él llegué a otros pensamientos que me hicieron ver muchas de las dificultades que habría de franquear antes que mis cartas cayeran en el abismo del misterio de las mujeres extraordinarias. Pensé además en muchas dificultades que no correspondían a mujeres de esa calidad; pero también me sirvieron para llegar a saber algo de lo común del espíritu. Por más cultura, por más libertad inteligente que hubiera en una persona, el

más pequeño hecho desacostumbrado que se produjera en el espíritu de otra con relación al de ella, le produciría siquiera una pequeña reacción, y esa reacción podría alcanzar a inhibir la espontaneidad. Es menos habitual que un hombre escriba a una mujer sin la oportunidad del más insignificante hecho concreto, y sin otra causa que el inspirado deseo de ver cómo siente la vida otra persona, de mover su misterio y ver si es amigo, y de sentir todas las cosas que traté de exponer. También es desacostumbrado que alguien sienta como yo un deseo tan sencillo.

Algo parecido les ocurre a dos personas cuando se encuentran y una se allega a la otra; pero como eso sería más común, no extrañaría; sin embargo ese espontáneo movimiento del espíritu es muy parecido al que tengo ahora al escribir, y la diferencia que habría no sería de actitud; mi deseo podría ser continuo de ese otro, porque después que dos personas hablaran y presintieran su afinidad, sería muy natural que también sintieran placer en que ese intercambio de sensaciones del espíritu y del pensamiento, se produjera a distancia. En ese caso el intercambio dependería de algo así como de la velocidad de las personas; para los que somos lentos y nos es lento el proceso de las sensaciones, es posible que cada hecho del espíritu tenga más duración y más comentario que en los de sensaciones rápidas; y entonces, para los lentos, la distancia tiene nuevos matices con respecto a esa comunicación, y hasta tendría cierta compensación, de alguna cosa que se produjera en lo vivo cuando se está cerca. Además, por más que cuando improvisemos ante otra persona, tomemos cosas del fondo de nuestra experiencia, también es posible que la improvisación nos lleve a traicionar hasta lo mejor de lo que tendríamos sabido, y ciertos detalles produjeran ciertas interferencias en el sentimiento de lo verdadero. No es que no crea tampoco en las otras cosas buenas que hay en el cambio vivo, en todo el misterio que puede empezar a suscitarse con la presencia

física, y hasta en lo bueno que resulte cuando en el espíritu se producen esas interferencias que lo mueven y le dan otras posibilidades; pero hay almas en que el recuerdo de aquellas presencias provoca la creación de otra cualidad de matices, enriquece el sentimiento con nuevos elementos y con todo lo desconocido que se puede producir a la distancia, mientras reconstruimos de alguna manera la presencia física que ahora no tenemos.

Como en varias ocasiones he sido muy feliz hablando con usted de hechos que ocurren en el espíritu, es que ahora deseo tan intensamente el reposado y gran placer de hacerlo en esta otra forma; y le he contado semejante historia para que usted conozca ampliamente mis deseos y tenga los menores motivos posibles para reaccionar contra ellos.

Si en realidad las cartas que deseo escribir son desinteresadas, ésta tiene la intención de pedirle que quiera realizar las otras, y por eso desearía que ésta fuera el prólogo. No pido otra cosa que lo que en ésta di primero: comentarios de cosas. A pesar de que la última vez que la vi, usted reaccionó diciéndome que no acostumbraba a contestar cartas, yo tengo la esperanza de que me escriba: esta carta no tiene el mérito de haber sido escrita en la seguridad de no ser contestada –ya ve con qué franqueza la hablo. Además tendría una inmensa alegría si ésta hubiera llegado a merecer que usted hiciera una excepción en su costumbre; a pesar de saber lo fuerte que es en usted la inercia de su vida, no puedo renunciar tan fácilmente a tan inmenso deseo.

A Irene:

No me acuerdo bien si usted ya había cerrado su pequeño paraguas y quedaba abierto el mío, grande, cuando hablábamos de aquel hombre que conocí en mi niñez y al que admiré y quise tanto. Pero recuerdo bien, que bajo aquella lluvia indecisa y bajo aquel foco

y aquel verde de las copas de los árboles, sentí junto a usted aquello de lo desconocido que tanto hice por decir en mis cartas. Donde más sentía yo la presión de lo desconocido era al recordar a ese hombre que ahora no existe; y aquel oscurecer, con su lluvia imprecisa y su luz artificial y sus árboles y todas las cosas, hicieron una escena como para que después yo rememorara esos recuerdos. Y ahora al sentir ese anochecer, me parece que fue mucho más cerca de la época en que vivió él, que de esta en que hace pocos días nosotros nos encontramos. Pero hubo un momento en que esta época en que yo seguía viviendo y él no, me parecía que tenía algo de falso: el privilegio que yo tenía de existir después de él sería a expensas de que me fuera a ocurrir algo grave. Sin embargo, también sentí algo de lo de ahora: cuando yo con mis ojos me caía en los suyos, recordaba que los de él también eran negros y profundos; y entonces era cuando sentía con más intensidad lo desconocido: lo desconocido me miraba con los mismos ojos. Pero al mismo tiempo había en sus ojos y en su cara otra cosa que me hacía desplazar los momentos en que sentía lo falso del presente y que hacía que lo desconocido tuviera que empezar de nuevo. Al mismo tiempo que hablábamos había algo que no tenía que ver con las palabras; pero las palabras nos servían para atraernos mutuamente hacia el silencio de cada uno. Ahora me parece que conservo ese silencio y que en él escribo. Pero en aquel anochecer y al mismo tiempo que hablaba y desarrollaba inquietamente lo que pensaba, sentía como la presencia de otros pensamientos; también sentía que estos pensamientos aparecían y desaparecían, como si en un camino de un bosque, por el cual yo cabalgara velozmente y sin pensar en otra cosa que en llegar, de pronto cabalgaran cerca de mí otros jinetes que se perderían en el bosque y que volverían a aparecer.

A veces, de todas las palabras de mi conversación le hacía sonreír una; entonces yo miraba extrañado a su cara como a un lago en el que

se me hubiera caído un objeto y viera las ondas que producía sin saber qué objeto era.

Ahora tengo muchas ganas de recordar algunas cosas y pocas ganas de escribir. Y usted, en su silencio, ¿no escribe?

A Margarita:

Hoy serían las cuatro de la tarde cuando llegaron a visitarme las jóvenes y alegres palabras que me enviaron tus manos. Las conocí desde lejos porque venían como siempre en una pequeña carta azul.

Son las once de la noche y todavía no han terminado su visita.

Cuando todavía no era de noche, llamó en el portón de mi casa un mensajero: me traía una carta de una amiga: entonces pensé que las palabras de tu carta habrían aprovechado ese momento para irse; pero en seguida las sentí reír en mi cabeza. ¿Pasarán toda la vida conmigo?

No comentaré lo que ellas dijeron porque temo se enojen y nunca más me muestren sus encantos. Además son pocas. Ya no todas quedan sonando en mi soledad. Ni las que tienen más amplia sonoridad son las que alcanzan los rincones preferidos. No sé quién las apaga ni cómo es la calidad o el secreto de su penetración. No sé cuáles son las que logran llegar, posarse y quedar dormidas sobre los misteriosos objetos que están escondidos desde quién sabe cuándo en los más obscuros desvanes. Pero allí esperan desconocidos silencios para levantar de nuevo su apagada sonoridad de recuerdo.

Mándame siempre palabras de larga permanencia.

A Margarita:

Ya sé. Te extraña que desde hace tanto no te escriba. Pero hace mucho que una noche, el viento cambió de dirección mi desesperación, dobló mi angustia para otro lado. Me reí de mí como si hubiera descubierto que había andado con el alma dada vuelta del

revés, con las costuras para los demás y la trama suave para mí mismo. Revisé los obscuros trazos de mis cartas y me di cuenta de que mis manos se habían equivocado: en lo que dieron y en lo que esperaban. Había hecho un esfuerzo inútil por deducir un poco de misterio. Tal vez ese poco lo puse yo. Había sufrido mucho porque aunque mis amigas tuvieran una libertad inteligente y un espíritu lleno de colores me escribieron muy poco.

Pero aquella noche que el viento cambió su soplo, alguien desde la calle, llamó a mi corazón. Y él, desde mi sueño, se deslizó hasta el mundo. Entonces, como solamente él era capaz de buscar las cosas que me interesaban, nunca más busqué ni me interesé por nada. Ni siquiera lo he buscado a él mismo.

Mur

Hace muchos años, al principio de un verano, yo fui a una pequeña ciudad para dar una conferencia. Como la llevaba escrita y no tenía preocupaciones, me propuse ser feliz. Allí había una feria ganadera y los hoteles estaban llenos; me tocó dormir con paisanos que conversaban a oscuras. Hablaban de los campos que convenían a sus animales, y me dormí cansado de imaginar vacas pastando en lugares distintos.

Al otro día, después de la conferencia, un amigo me dijo:

— Mañana me voy para Montevideo, pero ya te conseguí una pieza de hotel donde dormirás con un muchacho que no habla de noche ni de día.

Y señalando a un joven que fumaba frente a un vidrio biselado –sólo al otro día me di cuenta de que él echaba el humo sobre el vidrio– mi amigo le gritó:

—Che, Mur...

Mientras el joven venía hacia nosotros, yo dije:

—¡Qué nombre!... ¡Mur!

–No se llama Mur. Primero le decíamos "Murciélago"; y después Mur.

No tuve tiempo de preguntarle por qué le llamaban así. Mur venía trayendo la cabeza levantada y una gran nariz violácea que parecía decir: ¿y?

Después de las primeras palabras mi amigo tomó por una punta la pequeña moña de la corbata de Mur y con un suave tirón se la

deshizo. El otro soportó la broma con una sonrisa simpática y se fue hasta un espejo para hacerse la moña. No recuerdo si en esa ocasión echó el humo del cigarrillo contra el espejo. Al poco rato mi amigo se fue para su casa y Mur y yo empezamos a caminar –más bien lentamente–hacia el hotel. Después de haber andado algunas cuadras, él me dijo:

—Usted no tiene que acomodar sus pasos al compás de los míos, soy yo quien debe seguir el ritmo de los suyos.

—Ésta es mi manera de caminar –le contesté.

Pero él hizo una sonrisa y nada más. Yo sentí necesidad de complacerlo y empecé a dar pasos largos y a balancearme hacia los costados. Al llegar al hotel tenía un poco de malestar en los riñones. El cuarto de él era grande y ya nos esperaban dos camitas vestidas de celeste. En un gran lavatorio antiguo de madera negra, había una palangana de porcelana blanca. Veía salir el agua del labio grueso de la jarra y el asa fresca me llenaba toda la mano. Después de lavarme vi a Mur sentado a una gran mesa redonda y fumando con los ojos bajos. Primero yo sentí necesidad de romper el silencio con alguna palabra: pero después pensé en esa costumbre mía como en una debilidad y decidí callarme la boca. De pronto Mur miró hacia un lado de la mesa y echó el humo al pie de un retrato; en él había una mujer que miraba el cielo; y cuando el humo subía, los ojos de ella parecían las ventanas de una casa en un principio de incendio. Entonces Mur me dijo:

—Le presento a mi novia.

Yo hice una cortesía un poco en broma y al levantar la cabeza vi colgado en la pared, un fuelle; estuve luchando con la curiosidad de preguntarle para qué lo utilizaba; pero en ese momento Mur arrastró la silla con violencia y empezó a decir:

—Nos van a dejar sin cena...

Y los dos salimos de la habitación casi atropellándonos.

Esa noche en la mesa él no pidió vino. Comía silenciosamente y de pronto me dijo:

—Estuvo bien su conferencia...

—¡Ah! Me alegro...

—Espérese un momento; no he terminado de hablar. Usted dijo una cosa que no es de mi gusto.

—¿Cuál?

—Lo de un poeta que citó.

—¿"Es más interesante el más miserable de los hombres que el más maravilloso de los árboles"?

—Eso mismo. A mí me gusta más una plantita que muchos hombres.

—Está bien.

Y al rato me preguntó:

—¿Usted sabe quién soy?

Puse cara de no saber.

—El portero del banco –me dijo–. Yo antes era auxiliar; pero un día les pedí el puesto de portero. Entonces me dijeron que eso era un mal ejemplo; y después me mandaron a campaña, donde nadie sabía que fui auxiliar.

Le estoy dando los datos porque si usted escribe ese cuento sobre mí... Yo miré estupefacto.

—¿Cómo, usted no le dijo a Rafael que iba a escribir...?

Empecé a negar con la cabeza.

—¡Pero! –dijo él riéndose–. ¡Este Rafael!

Y al rato insistió:

—Mire, yo sé por qué se lo digo; usted podría hacer un cuento conmigo.

Yo no sabía cómo esquivarlo.

—No sé si realmente podría escribirlo. Además usted tiene novia; y generalmente a ellas no les gusta todo lo que se dice de su

enamorado. Por esa noche no insistió. Yo me fui a leer a la cama. Él se sentó en la mesa redonda y empezó a escribir y a echar humo sobre el papel. Antes de dormirme pensé en el apodo de Murciélago. Me despertó, al rato, el ruido del fuelle. Mur había abierto apenas la ventana y con el fuelle corría el humo hacia la rendija. Entonces me vino a la memoria algo que decía mi abuela: "Fumaba como un murciélago" y creí comprender el sobrenombre de Mur. Pero pronto hice otras conjeturas. Vi en los hombros desnudos de él dos mechones de vello tan abultados que parecían charreteras; y la parte de la espalda que dejaba ver la camisilla de verano la tenía cubierta por una capa de pelo bastante espesa. Y yo pensé: "Los murciélagos tienen todo el cuerpo lleno de pelo". Esto ocurría un viernes de noche. Al otro día se levantó temprano para ir al banco y al acercarse al espejo para arreglarse la corbata echó el humo en el vidrio; y recién entonces comprendí que el día anterior había echado humo en la puerta de cristales biselados. Esa mañana, por decirle algo, le pregunté:

—¿Así que usted prefirió ser portero?

—¡Ah!, dijo él, si se decide a escribir el cuento, ya sabrá por qué. Después que se fue pensé en el gran deseo de Mur; pero todavía yo no estaba decidido. Él llegó a la una, del banco, y al sentarse a la mesa pidió una botella de vino. Yo pedí otra, pero no la tomé toda. Él sí. Y mientras tanto yo pensaba: "A los murciélagos les gusta chupar la sangre". Cuando fuimos a la habitación, él encontró sobre su cama un ramo de flores y una cartita. Tomó el ramo, le echó una bocanada de humo y después hundió aquella enorme nariz violácea entre las flores y el humo. Cuando estaba leyendo la cartita vino una criada y le dijo:

—Hoy puede ir a la pieza 8.

Entonces yo me comedí:

—Si quiere utilizar esta pieza, yo...

—No, me interrumpió él, no tiene nada que ver.

Había arrugado las cejas; no sé si por mi pregunta o por lo que diría la cartita. En el momento en que yo salía me volvió a repetir que él no necesitaba pieza. Yo salí para arreglar otra conferencia en otro club.

A la hora de cenar no lo vi; después fui al cine; y cuando volví era más de media noche y él estaba dormido. A las dos de la madrugada me desperté por el ruido de una corneta de carnaval. Era él; había encendido la luz, se sonaba las narices con fuerza y me miraba por entre las ondas del pañuelo. Después empezó a leer, a fumar, y yo me di vuelta para el otro lado. Al rato me volvió a despertar el ruido del fuelle. Al otro día él fue a un paseo campestre desde temprano. En la tarde yo recorrí los suburbios de la ciudad y fui a tomar vino a una taberna que quedaba cerca del cementerio. Salí de noche. Me sorprendió un auto que cruzó la vereda, de tierra, y entró en un terreno lleno de arbustos que había al lado del cementerio. Yo me quedé parado porque había oído gritar: “¡Mur!”. El auto se detuvo a poca distancia; pero sólo bajó una mujer gorda y un hombre que no era Mur. Esa noche él no vino a cenar. Llegó tarde y yo le dije:

—Hoy creí haber oído su nombre dentro de un auto que pasó al lado del cementerio.

—No oyó mal, dijo él, riéndose.

—Pero sólo bajó...

Él me interrumpió:

—Yo me quedé en el auto con mi muchacha; pero el otro domingo nosotros bajaremos a conversar entre los yuyos y la otra pareja quedará en el auto.

—¿Y a las muchachas no les hace mala impresión ese lugar?

—No; lo malo de la muerte no alcanza a llegar hasta el cementerio.

Entonces yo me dije definitivamente: “Ya sé por qué le dicen Murciélago”.

El lunes se reunió la comisión del club que decidiría mi conferencia: yo estaba nervioso y no me fijé en Mur. El martes él no vino a cenar; después lo encontré en la calle:

—Vamos a un café: tengo que hablarle.

Pidió una bebida cara. Yo pensé que tendría algo más que el sueldo de portero. Y de pronto me dijo:

—Se ha sabido lo del cementerio y acabo de pelearme con mi novia. ¿Sabe lo que significa eso?

—Caramba, comprendo. Pero todo pasará...

—No, no, no, eso significa que usted puede escribir el cuento; ahora, a ella, no se le importará nada.

Yo me reí, le miré la cara y se me desvaneció todo el sentido tenebroso que me sugería su apodo. Entonces le dije:

—Me alegro de que usted sea una persona tan clara.

—No sé lo que quiere decir, me contestó, pero mi deseo que escriba algo sobre mi vida es porque a mí me gusta ver las cosas turbias. ¿Usted tiene tiempo, ahora?

–Sí.

Y me acomodé recostándome a la pared y disimulando un suspiro. Él se detuvo antes de empezar; se preparó como para un hecho histórico y se emocionó. Yo también me conmoví inesperadamente y me dispuse a recibir su confesión. Viendo que transcurría demasiado tiempo traté de ayudarlo.

—¿En qué sentido le gustan las cosas turbias?

—Yo le dije ver las cosas turbias; es en el sentido de la vista. A veces pienso que me comprendería mejor un pintor.

—No crea, le dije para animarlo, a todos los artistas nos gustan las cosas turbias.

—Escuche, dijo él sin haberme oído, si miro esa botella de cerca con la luz del día y los ojos bien abiertos, la botella se vuelve demasiado material; yo pensaría en cómo la fabricaron y cómo es su

contenido de una manera indiferente y hasta desagradable. Pero si la botella está en la mesa redonda de un cuarto y yo la miro con luz escasa y un poco antes de dormirme, usted comprenderá que se trata de una botella muy distinta.

En ese instante me pareció que yo había recibido un mensaje inesperado y me empecé a preparar para hablar; pero él no me dejó y siguió diciendo:

—Bueno, una noche yo estaba muy aburrido y después de haber tomado una botella de vino vi la vida con luz difusa y desde otra distancia; entonces sentí ternura por las casas, las mesas, los árboles y muchas otras cosas.

—¿Por personas también? –le interrumpí yo.

—De ninguna manera; esa noche yo separé para siempre las personas de las cosas.

—¿Y los animales?

—Mejor que las personas; pero ellos son cosas que se mueven; una casa y un árbol se quedan en el lugar donde uno los deja y sus sorpresas son más suaves. Al otro día descubrí que siempre había mirado las calles de cerca y a medida que necesitaba pasar por ellas; pero nunca había visto el fondo de las calles; ni los pisos intermedios de las casas altas; entonces me encontré con una ciudad nueva y con ventanas que nadie había mirado. Al principio tropecé muchas veces con la gente y estuvieron a punto de pisarme muchos autos; pero después me acostumbré a agarrarme de un árbol para ver las calles y a detenerme largo rato antes de bajar una vereda y esperar que yo pudiera poner atención en los vehículos. El primer día llegué tarde al banco y creyeron que yo estaba enfermo. Y ya esa misma noche comprendí que el banco me comía la cabeza, que yo me obstinaba en meterme números en ella, como si se llenara de seres que debía hacer mover y proliferarse.

Después de un intervalo bajó los ojos como si estuviera

avergonzado y agregó:

—Por eso quise ser portero.

Esperé un rato y después le dije:

—Yo no creo que usted se haya separado tanto de las personas; ya ve, está hablando conmigo...

—¡Ah!, me dijo él, cuando usted daba la conferencia parecía una higuera que se arrancara, ella misma, los higos. Y además usted siempre se queda en un mismo lugar.

Después se distrajo, echó una bocanada contra la botella y el humo también me envolvió a mí.

—Dígame, ¿por qué echa el humo sobre las cosas? ¿Será para verlas turbias?

—No; es costumbre...

Al poco rato fuimos a la pieza. Allí seguimos charlando y fumando hasta que llenamos la habitación de humo. Mur se arriesgó a abrir un poco más la ventana; pero cuando se dirigía hacia la pared, donde estaba colgado el fuelle, entró por la ventana un poco de viento y empezó a llevarle el humo, como si un fantasma lo manoteara.

En todas las otras noches él me siguió contando su vida y yo me propuse escribirla. Me quedé en aquella ciudad hasta el domingo. Pero el sábado al mediodía entró en la pieza la criada y le dijo a Mur:

—Hoy puede ir a la pieza 14.

Yo volví al hotel al oscurecer; la dueña estaba hablando con unos recién llegados y me dijo:

—¿Quiere decirle a su compañero que me deje libre la pieza 14?

—¿Cómo no? Y él, ¿dónde está?

—¡Pero muchacho! ¡En la pieza 14!

Estaba cerrada y a oscuras. Apenas abrí la puerta se me vino encima una espesa nube de humo. Primero vi las colchas blancas, y después a Mur: estaba sentado a una mesa frente a dos botellas vacías. Lo llevé a su cama con dificultad. Él se reía tapándose los ojos

y yo le decía:

—¡El vino es un elemento, para ver turbio, de primer orden!

Al otro día nos despedimos como grandes amigos. Yo vine a Montevideo, busqué a Rafael y le pregunté por qué le decían “Murciélago” a mi compañero de pieza.

—¡Ah! ¿No sabes? Les tiene terror a los murciélagos y cree que entrarán por la ventana.

Mi primera maestra

Cuando yo tenía seis años cruzaba, por las mañanas, una plaza inclinada –vivíamos en la falda de un cerro– y entraba a la escuela. La maestra era grandota; ponía, arrollados sobre el pupitre sus dedos gordos y nos permitía hacer ruido. Yo hacía emes minúsculas con vueltas redondas como los dedos de ella. Una tarde, sin que mi madre supiera, crucé la plaza, llamé con el pie a la puerta de la maestra y apareció por la ventana su cabeza grande, parecida a la de una vaca buena sin cuernos.

—¿Qué quieres?

—Vengo a hacerle una visita.

—Bueno... te quedas un ratito y enseguida te vas...

Cuando abrió un poco la puerta de la calle yo pasé cerca de su pollera gris. Ella, con su mano tomó la mía y me llevó al fondo. Debajo de un paraíso había una gallina echada; empezó a cloquear y por debajo de su cuerpo –de un gris parecido a la pollera de la señorita– se asomaban pollitos amarillos. Estarían tan calentitos como mis dedos entre la mano de la maestra. Después ella me acompañó hasta la puerta y yo le dije:

—De aquí a un ratito voy a venir a hacerle otra visita.

—No, no; otro día.

Pero yo seguí pensando. Esa noche, cuando estuve solo en mi cama, me acordé de la gallina con pollos y empecé a imaginarme que vivía bajo la pollera de la maestra. Al día siguiente, a la siesta, volví a pensar lo mismo: a esa hora yo no dormía; y mis padres tenían los

ojos errados. Suponía la maestra de pie, recostada al paraíso; y yo, debajo de sus polleras le acariciaba una pierna; o más bien las dos. Sentía su calor y veía que después de terminar las medias negras que yo conocía, las piernas eran gordas como las de mi abuela y muy blancas. Todo parecía muy natural; y mientras yo la acariciaba, la señorita se quedaba tan tranquila como la gallina de los pollos. Aunque estaba debajo de la pollera yo veía, sin embargo, la cara de la maestra; y ella miraba distraída para todos lados. A veces venía la madre: era una viejita muy buena –una vez me dio café con leche; pero yo no lo pude terminar porque ya había tomado en casa. En algunas siestas yo me quedaba pensando en la viejita o en cualquier otra cosa; y de pronto me olvidaba que debía estar debajo de la pollera; eso me daba fastidio y hacía esfuerzos para imaginar todo de nuevo. En otra siesta pensé que la viejita le había preguntado a la hija:

—¿Qué estás haciendo?

Y la maestra había respondido:

—Tengo cría.

Pero la madre sabía todo y hablaba como en los días que tenía caramelos y me decía, en broma: "No hay caramelos". Ahora la hija le hacía una guiñada y yo la veía mientras le acariciaba las piernas. En casi todas las siestas las gallinas de casa cacareaban y yo las odiaba; no me daba cuenta que estas gallinas eran iguales a las de la maestra.

Cuando llegaron las noches de verano mis padres me dejaban jugar un ratito antes de irme a la cama; entonces yo cruzaba la plaza, entraba al zaguán de la maestra y de pronto soltaba una carcajada y la asustaba. Una noche vi, desde la vereda, que ella iba a cada momento del comedor a la cocina llevando los platos. La lámpara que estaba encima de la mesa del comedor tenía pantalla y daba luz clara nada más que en el mantel. Sin que la maestra me viera, entré al comedor y me escondí debajo de la mesa. Al ratito ella vino, con los pasos de

siempre, pero traía una pollera blanca; se acercó mucho a la mesa y yo, tocando el piso con la cabeza miré hacia arriba y me asomé al interior de su pollera: todo estaba un poco oscuro; pero se aclaraba más cuando ella, para alcanzar alguna cosa que estaría al otro lado de la mesa, apoyaba un pie y levantaba el otro en el aire. Yo hice varias veces la prueba sin que mi cabeza tocara sus pies. Después de levantar la mesa ella volvió al comedor con pasos lentos; se recostó al borde de la mesa, levantó un pie y dejó el otro en el suelo. Entonces yo me asomé por el lado de afuera de la pollera y vi que tenía la cara tapada con un libro.

Entre nosotros había mucha confianza; si ella me descubría debajo de su pollera, yo le diría que era jugando. Por fin me decidí a entrar. No sé si llegué a tocarle las piernas; ella soltó un grito y al bajar el pie que tenía en el aire, me pisó; también sentí que me apretaba la cabeza. Enseguida vi caer todo su cuerpo, oí sonar unos vasos que había en el aparador y alcancé a ver un pedazo blanco de la pierna de ella. Cuando se levantó estaba muy enojada y creí que me pegaría; pero de pronto se echó a reír: quería hablarme y no podía; dio vuelta la cabeza, fue hasta el zaguán y miró para la cocina: la madre estaba lavando los platos y no había oído nada. La maestra volvió hacia mí y levantando un dedo me dijo que le mandaría decir a mi padre lo que yo había hecho y que ahora me fuera para mi casa. Yo pasé por delante de ella con la cabeza baja pero mirando la pollera blanca; caminaba lentamente, me daba cuenta que ella me perdonaba y me sentía feliz. Al cruzar la plaza recordé su risa y pensé: “A ella le gusta que yo me meta debajo de su pollera”.

Lucrecia

Siempre que me preguntaban cómo había hecho para ir a vivir en una época tan lejana, me daba un fastidio inaguantable. Y si alguien me interrumpía para enredarme en algún detalle histórico la cólera me dejaba mudo y yo abandonaba las mesas recién servidas.

La última vez que me interrumpieron yo iba subiendo una escalera detrás de una monja vestida de negro. Ella soltaba los pasos contra los escalones como si fuera tirando tiestos sobre estantes. Sus zapatos habían ensuciado de polvo el borde de la pollera. (Yo estaba tentado de sacarle una hilacha que tenía cerca de la cintura.) Parecía que aquella mujer estaba muy cansada y que le costaba coordinar cada paso con cada escalón. No se volvía hacia mí ni aun cuando se detenía a descansar.

Hacía poco rato que la había visto de frente pero no recordaba exactamente, su cara; quería pensar que no era tan fea como me había parecido cuando me abrió el portón de hierro y los goznes hicieron un ruido tan horrible que yo tuve que meterme los índices en los oídos.

Ahora sólo recordaba una papada muy blanca desbordando un cuello muy apretado. Le había preguntado por Lucrecia; y como ella no parecía comprender el español, saqué de entre mi capa un sobre y se lo mostré hasta que ella leyó todo el nombre.

Yo también estaba cansado. Me sentaba en un escalón y cuando oía las descargas lejanas de los pasos de la monja, me acercaba a ella con unos cuantos saltos y volvía a esperar que se alejara.

Ahora yo aprovechaba a sumergirme en la tranquilidad de aquellos lugares y esperaba que mis ojos –los pobres habían tenido que vivir como bestias acosadas– eligieran un objeto cualquiera y se lo fueran tragando despacio. Pero esa misma mañana, antes de entrar en el convento, ellos habían tratado de mirar un árbol que encontraron al costado de un camino, y de pronto sentí una coz terrible cerca de un riñón y en seguida otra en el costado. Apenas fui desplazado del camino vi pasar un soldado con la cabeza baja; iba apurado y parecía lleno de preocupaciones. Yo esperaba a cada instante uno de estos accidentes y no sabía cuál de ellos me sería fatal.

Dejé de oír los pasos de la monja y pensé que se me había perdido de vista; pero resultó que estaba descansando.

Mis violencias y mis cansancios eran mucho más grandes que los sufridos en un futuro muy lejano, en este siglo donde nací y al que pude volver. Pero cuando recién llegué a aquella época creí que aquel aire mataría mi cuerpo. Además estoy seguro de que el sol daba en la tierra de otra manera y que las frutas tenían otro gusto. Sin embargo lo peor era la gente. Ya en este siglo yo había sido bastante propenso a la cobardía y había sentido que todos mis órganos apretaban sus caras avergonzadas y lloraban hacia adentro las más envenenadas lágrimas. Más de una vez me faltó la generosidad de entregar mi vida al imbécil anónimo que me daba un empujón e indicarle el cuidado que debía a otro ser humano. Y además yo también era culpable: pretendía andar como un sonámbulo por el centro de una ciudad. Pero aquella época me obligó a despertarme y tuve reacciones. Aquella misma mañana, cuando el soldado me separó tan violentamente del camino, corrí detrás de él, lo alcancé y le agarré un brazo; pero él, sin mirarme y con el mismo gesto que separó el brazo, lo pasó por encima de su cabeza como diciendo: “Déjame que tengo un enredo formidable”. Entonces yo justifiqué mi cobardía pensando

que no había nacido para enseñar a tanta gente.

Ahora me estaba cansando y me daba vergüenza pensar que la monja no lo estuviera tanto. Ella había empezado a cruzar corredores y yo la tenía que seguir de cerca para no perderla de vista. Apenas podía dedicarle alguna atención a los pisos desgastados, a los muros verdosos, al silencio de las puertas cerradas, a las formas fugaces que se movían en la oscuridad de algunos cuartos, a los patios inesperados, a las columnas delgadas como piernas de seres famélicos o a las gordas como las de seres sedentarios.

Después de ver tantas cosas hubiera querido acomodarlas en mi cabeza y dejarlas guardadas tal como las había encontrado. Pero fue imposible. Todo aparecía con incontenible multiplicidad. Entonces quise entregarme a pensar en mi soledad. Al mismo tiempo que me llamaban desde abajo mis piernas cansadas, yo me imaginaba que una persona amiga se condolía de ellas y sentía ternura. Pero ahora mi única vinculación con el mundo era la monja que iba adelante; ella iría pensando en otras cosas, pero recordaría –tal vez en cada vuelta del corredor– que la seguían. Yo la iba reconociendo a través de distintos lugares como si viera mi sombra; y no me extrañaba que mi propia sombra anduviera lejos de mí, ni que yo tuviera que correr detrás de ella con las piernas cansadas y sin saber adónde me llevaba.

Ahora cada vez empezaba a ver más gente: cruzaban los corredores, conversaban en los patios y se recostaban en las columnas. De una puerta salió un hombre que dio unos pasos a mi lado y en seguida entró en otra puerta y se dejó caer en una silla. Llevaba capa verde y pluma roja en un gorro caqui. No sé por qué pensé que aquel hombre era yo y que yo tenía que seguir en sus asuntos. Pero pronto me sentí caminar, miré a la monja y vi la hilacha blanca en su vestido negro.

Todavía seguí rozando un buen rato pisos gastados. Al fin la monja se detuvo frente a una puerta y revolvía en un bolsillo que

tenía entre los hábitos. Sacó una llave que me pareció demasiado grande; entró en la oscuridad y al instante la vi abriendo un postigo que hizo entrar luz a través de vidrios pintados de blanco. La habitación era pequeña y sólo había en ella un atril. La monja salió cerrando la puerta y dejándome de pie con el atril. A través de una parte raspada del vidrio vi moverse algo; acerqué un ojo y vi dos ojos de un azul muy claro que miraban hacia donde yo estaba; saqué el mío pero en seguida lo volví a poner, pues me di cuenta que los otros no miraban al mío. La persona tenía desplegada al sol una inmensa cabellera rubia. Los ojos eran como objetos preciosos. En ese instante la mujer volvió la cabeza hacia alguien que le hablaba. Yo seguí mirándole los ojos y me pareció extraño que también le sirvieran para ver. De pronto me vino una contracción al estómago: fue al reconocer una carta que le acercaron unas manos: era mi carta. Entonces la mujer de los ojos tenía que ser Lucrecia. Recién entonces me fijé detenidamente en aquella carta que yo había traído y la encontré sucia y arrugada. Antes de romper el sobre hizo una sonrisa y empezó a levantar un dedo hacia la persona que llevó la carta; yo seguí la dirección del dedo y vi que él se fue a hundir en la papada de la monja que me guió. Mientras me daba cuenta que aquel gesto era cariñoso, Lucrecia se levantó y se fue con la monja. Pensé que vendrían en seguida a donde yo estaba; pero pasó mucho rato y yo tenía ganas de sentarme en el suelo. Apenas lo hice oí pasos y para levantarme me agarré del atril; él se tambaleó con mucha dignidad pero pronto sus movimientos se hicieron cortos y se quedó quieto. Entraron dos monjas. Una de ellas era la que me había guiado. Las dos llegaron hasta mí y yo no me explicaba cómo trayendo los ojos bajos no tropezaran conmigo. Empezó a hablar la que no me había guiado y dijo:

—La señora Lucrecia... (aquí nombres y títulos) le envía por intermedio de nosotras –parecía madrileña– la bienvenida. Y le

expresa que lamenta no poder atenderle personalmente en este día, pues...

Creo que fue aquí que ocurrió algo imprevisto. La española retiró bruscamente sus manos. Había roto la paz con que descansaban apoyadas en el vientre una encima de la otra. Aquel movimiento me hizo mirar hacia el lugar de donde sus manos habían huido. Y entonces vi la punta de mi pluma –yo tenía mi gorro debajo del brazo– y comprendí que le había hecho cosquillas en la piel blanca de sus manos regordetas. Ahora ella no sabía dónde ponerlas. Entonces yo retiré la pluma. La monja que me guió se había vuelto y parecía que aguantaba la presión de la risa; y la española se había quedado colorada y empezó a repetir el encargo de Lucrecia. Pero de pronto me hizo una cortesía y siguió a la otra que ya estaba cerca de la puerta. Yo me volví a quedar solo y esperé otro rato. Entonces aparecieron otras dos monjas.

Una de ellas me explicó más o menos lo mismo pero agregó que Lucrecia me vería al día siguiente y que en seguida me darían alojamiento. Al mismo tiempo me invitaron a seguirlas y yo empecé a rozar de nuevo otros pisos de patios y corredores. Al fin me hicieron entrar en un refectorio con sillas alrededor de mesas recién lavadas. Me dijeron que pronto me servirían mi almuerzo y yo me senté cerca de una ventana. Esa mesa estaba casi seca y su madera rústica iba quedando cada vez más blanca. Allí, y al mismo tiempo que veía extenderse al sol un paisaje con montañas, sentía una gran felicidad en mis riñones cansados. Mientras pensaba en el descanso, mis ojos se entretenían en seguir a lo lejos un hombre a caballo y en ir descubriendo sus pequeños movimientos en la gran quietud de la tierra. Ella, echada boca arriba con sus montañas, era indiferente a todo lo que hacían los hombres. De pronto los ojos se me fueron hacia un lugar donde oí pasos y vi venir una monja con una jarra de vino, un cuchillo y un pedazo de pan. Apenas se fue la monja me

serví vino a borbotones, y al probarlo comprendí de distinta manera todas las cosas de aquel país. El día entraba por la ventana con la confianza ingenua de un animal. Si a mí me hubiera venido a visitar un habitante de otro planeta yo le hubiera mostrado aquel día como el ejemplo de una mañana en la tierra.

Después de comer me hicieron caminar hacia un lugar donde el convento tenía otros portones. Frente a la salida y separada por una calle angosta había una gran hilera de piezas. Me metieron en una de ellas y abrieron una ventana de rejas que daba a un muro muy alto; estaba cubierto por una sombra verdosa, y entre él y la ventana había un callejón lleno de luz. Yo me tiré en la cama que era de madera oscura y colcha amarilla. Me dolía la espalda porque hacía pocos días me habían tirado contra el suelo para sacarme el dinero y yo me caí encima de una piedra. Salí de España con una escolta de dos hombres. Uno era alto, quijotesco y dejaba una familia hambrienta a la cual parecía querer mucho. El otro era bajo, andaba con la cabeza fija y echada un poco hacia adelante; parecía que su instinto le indicara un destino sospechoso; y se ponía con descuido un sombrero arrugado como una hoja podrida. (Yo había empezado a recordar lo que nos había pasado por el camino, cuando entraron en la pieza y pusieron encima de la mesa un candelabro de tres brazos; en uno de ellos había una vela nueva.) En una de las primeras noches, después de salir de España, mis compañeros se emborracharon y a la mañana siguiente me dijeron que les habían robado los caballos. Ese día yo anduve en el mío y ellos anduvieron a pie. Pero a la mañana siguiente me dijeron que nos seguían ladrones de caballos y que también me habían robado el mío. Además hablaron de compañerismo y de traición. Entonces les dije:

—Yo no tengo interés en ser compañero de ustedes. Y no se olviden de que si vuelven a España sin mí, serán ahorcados, y si llegan conmigo yo hablaré.

Desde ese día ellos marchaban adelante y a una distancia que les permitía hablar sin que yo los escuchara. Hicimos casi todo el resto del camino en mulas muy resistentes pero de trote incómodo. Pocos días antes de llegar a esta ciudad los “ladrones de caballos” nos volvieron a dejar de a pie. Y un día antes, los hombres de mi escolta me dejaron muy atrás y yo iba distraído cuando me sentí agarrado por los que me sacaron el bolso y salieron corriendo. Al mismo tiempo vi venir hacia mí otro hombre. Agarré dos piedras para defenderme; pero el hombre pasó corriendo y me di cuenta que los que me habían robado disparaban porque le tenían miedo a éste. Era una vergüenza; yo podía haber hecho lo mismo; pero ahora hubiera tenido que correr a los tres. Cuando llegué a casa de nuestro orador (el embajador español), él me dijo que mis compañeros me andaban buscando porque si yo no aparecía ellos no tendrían salvoconductos ni dinero.

Recordaba esto mirando la colcha amarilla y después me quedé dormido. Al rato me despertó un murmullo de muchas voces: venía del lado del callejón. Me levanté a cerrar las ventanas y vi una feria; miré mucho rato todas las cosas y me decidí a dar la vuelta y bajar a comprar una plantita; sus hojas parecían de encaje y eran planas. Tardaron mucho en vendérmela y me daba angustia lo apretado de la multitud y las peleas. A mi lado había un tipo vestido de azul y sentí como un terror de que aquel traje fuera mío y de que yo llegara a ser aquel tipo. Al fin salí con la plantita en la cabeza; me costó mucho defenderla; con una mano agarraba la planta y con la otra apretaba mi bolso en la cintura. A una muchacha se le ocurrió hacerme cosquillas debajo del brazo que yo llevaba levantado. Puse la plantita en la mesa, cerca del candelabro y me acosté de nuevo. Cuando me desperté era hora de comer y de tomar vino. Ahora el refectorio estaba lleno de gente y de barullo. Casi todas las mesas tenían ocupados los cuatro lados y cada una tenía un candelabro de tres

brazos con las tres velas encendidas. La luz no se levantaba mucho más arriba de las cabezas. Todos comían cerca de las velas y parecía que se comieran la luz. Fui a un lugar donde había menos gente alrededor de cada fogata y las llamas estaban más tranquilas. Me senté frente a un viejo; a un lado comía un niño como de seis años y el pobre hacía grandes esfuerzos para no dormirse. A veces se balanceaba y yo temía que se cayera. El abuelo lo miraba sonriendo y me empezó a hablar; pero yo no podía explicarle que no sabía italiano. Las monjas, al caminar y servir las mesas iban interrumpiendo las luces; pero ninguna venía para mi lado. El anciano me ofreció vino en la copa del niño. Él se dormía y no se daba cuenta de nada; pero una vez que fui a servirme vi el vaso pegado a su boca; parecía que no tragaba nada y que la poca atención que le quedaba la empleaba en seguir los balanceos que hacía con el vaso. Se despabiló un poco cuando la monja que traía mi servicio lo tocó en el brazo y le hizo derramar el vino. Cuando se fueron, el anciano se levantó de la mesa con mucho trabajo y una de las llamas alcanzó a chamuscar un poco de su pelo blanco. La vela de mi habitación tenía una llama que se movía como si hiciera señales y todo el piso, con sus tablas añadidas, daba vueltas con el movimiento de las sombras. Al rato me desperté porque hacía viento y se había golpeado la ventana. La luz se sacudía con desesperación, quería salirse de la vela. En el sueño que yo acababa de tener también había viento; sólo recuerdo un árbol que había sido arrancado de cuajo y al pasar cerca de mí me había pegado en la cabeza con una rama. Iba silbando muy contento y yo sabía que él pensaba: “Voy siguiendo al viento, voy siguiendo al viento...”. Ahora la luz estaba más tranquila y apenas hacía mover en la pared la sombra de la plantita. Pero ella, con sus hojas de encaje, tan planas y tan quietas, hubiera preferido mirarse en un espejo. Yo cerré mis ojos y me encontré con los de Lucrecia. Su color azul parecía haber sido desgastado por el roce de

los párpados. Entonces sentí la molestia de la luz de la vela y me levanté a apagarla. En la oscuridad mis ojos no querían cerrarse y yo recordé historias de ojos. En un futuro lejano, en el siglo que nací había una sirvienta que limpiaba uno de sus ojos; era de vidrio y se le cayó de las manos; se le rompió y ella lloraba; entonces yo pensé: "Ella está llorando con un solo ojo". Volví a la época de antes y a un día en que vi unos ojos saltados. Primero yo iba por un callejón y me detuve a mirar letras de distintos tamaños garabateadas en un muro. Después me volví y vi a mis espaldas una puerta abierta y en el fondo de una pieza un hombre sentado; tenía algo horrible en los ojos; pero yo no sabía bien si eran órbitas vacías o carnosidades desbordadas; había un perro echado a sus pies y el hombre apoyaba sus manos en un bastón; me pareció que sonreía y al instante se levantó, le pegó con el pie al perro, colgó el bastón de un brazo y mientras se dirigía a mí se sacaba de los ojos dos mitades de cáscara de nuez; sus ojos eran azules y él me explicaba algo que yo no entendía; señalaba dos pequeños agujeros que había en el centro de las cáscaras y me decía que mirando por allí, acomodaba su punto de vista y corregía no sé qué defecto. Después recordé que un cuñado de Lucrecia se había enamorado de una prima de ella. La prima lo había rechazado diciéndole que él no valía ni un ojo del hermano. (Otro cuñado de Lucrecia.) Entonces el despechado quiso sacarle los ojos al hermano; pero apenas pudo sacarle uno. Después el esposo de Lucrecia –el tercer hermano– le dio al despechado un latigazo tan fuerte que le reventó un ojo; y así resultaron dos hermanos tuertos. De pronto me encontré de nuevo con los ojos de Lucrecia y los vi asaltados por lágrimas saladas; ellas habían seguido lavando su color azul. Y por último aquellos ojos estaban tan gastados como los pisos que yo había rozado por la mañana. Todavía antes de pasar al sueño vi sus ojos como si tuvieran resortes y oí que una maestra decía: "Los ojos son las únicas partes dobles del cuerpo que giran al mismo tiempo".

Al día siguiente, apenas me desperté vi la plantita rodeada de la mañana. Fui a lavarme la cara al rincón donde estaba el lavatorio y vi que la plantita se había hecho reflejar por el espejo. Debo haber pasado mucho rato sentado en la cama con la toalla en las manos hasta que se me ocurrió abrir la puerta. Después, mientras llevaba hacia la reja de la ventana la plantita y mis manos abarcaban toda la maceta, me vinieron a la cabeza estas palabras: "Pobrecita, tan frívola y tan querida". Ya había acercado la silla a la ventana y tenía puestos los ojos en el muro verdoso de enfrente, cuando entró a mi pieza un gatito blanco y negro; tenía dos agujeros en las orejas y allí le habían atado dos moñas de un verde sucio que le caían marchitas. Lo acaricié, lo puse al lado de la plantita y pensé que estaba en Italia. A veces venía un poco de viento y la plantita movía sus hojas; al mismo tiempo el gatito se lavaba la cara y movía sus moñas marchitas. Yo había empezado a dedicarle a aquellos dos seres un cariño escrupuloso.

A la tarde me mandó buscar Lucrecia. Su vestido era tan ancho que no vi nada del mueble donde estaba sentada. Tenía una seriedad un poco picaresca y miraba a las monjas que la rodeaban. Pero me preguntó al mismo tiempo que levantaba las cejas y abría toda la claridad de los ojos:

—¿Duró mucho, su viaje?

Les conté lo de los ladrones de caballos y se rieron. Cuando dije que las mulas tenían trote incómodo Lucrecia hizo pequeños movimientos con la cabeza; al principio parecía que afirmaba y después parecía que ella pensaba en el trote de alguna mula. Cuando les conté el robo de la bolsa les dio pena al principio pero al fin se rieron. Y de pronto Lucrecia se quedó seria y pálida; levantó una mano como si hiciera un gesto; las monjas se volvieron hacia ella con inquietud; pero ella las tranquilizó sonriéndoles y después me dijo:

—Tengo mucha curiosidad por saber cómo serán esos libros que

harán en España y lo que ellos dirán de mí.

Yo aspiré con precipitación y ella me permitió hablar.

—A mí me encargaron que escribiera algo sobre usted, alguna cosa que testimoniara haberla visto en este convento... y estas amabilidades...

No encontraba palabras que vinieran bien. Pero ella sonrió, inclinó la cabeza hacia un lado y abruptamente me dijo:

—¿Usted no tiene miedo que lo envenene?

Todos nos quedamos quietos un ratito y en seguida nos reímos.

Entonces yo dije:

—Mi confianza en...

Me volví a detener y ella contestó:

—Yo sé que usted prueba los vinos de acá con toda confianza. Otra vez risas.

Me quedé avergonzado de que le hubieran contado eso. Pero enseguida se me abrió el corazón y apenas recobré la calma empecé a explicar:

—En este país siento como una falta de aire; pero apenas tomo vino respiro mejor.

Entonces Lucrecia dirigiéndose a una monja y con una mirada exageradamente condolida, dijo:

—Él necesita del vino como del aire.

Las risas fueron más fuertes y mi vergüenza más grande. Pero se me pasó con estas palabras de ella:

—¡Tiene ojos de poeta!... Los ojos de los gatos ven en la oscuridad...

Esto último lo dijo como alejándose de sí misma y mientras apagaba su sonrisa y bajaba las cejas. Después se puso de pie y yo me despedí.

Esa noche, en una de las veces que me desperté, volví a oír las palabras: "tiene ojos de poeta". Y cuando recordé el instante en que

Lucrecia se quedó pálida e inició un gesto con su mano, pensé que había hecho un movimiento inesperado y el cilicio se le hubiera hundido demasiado en la carne.

A la mañana siguiente nos volvimos a reunir en la ventana con la plantita y el gatito. Yo había venido a ocuparme de Lucrecia y sin embargo me pasaba el día con ellos. Además nos vino a interrumpir una niña furiosa; tendría unos diez años y hablaba con muchas aes y ya empleaba los sonidos pastosos de los italianos adultos. Yo acudí a la bolsa y le di una moneda. Ella la tiró al suelo y la moneda rodó por debajo de la cama. Mientras renegaba fue a la ventana y agarró al gato. Antes de salir cuando parecía haberse calmado le ofrecí otra moneda. Ella la tomó, dejó el gato en el suelo y fue a buscar la que se había caído debajo de la cama. Después se fue sin el gato y al rato vino trayéndole una vasija con leche. Al terminar la mañana ella se fue con el gato y yo me quedé con la plantita. Pero al atardecer yo salí a caminar y al pasar por una casucha que tenía a la entrada una gran cortina roja muy sucia, vi delante de ella a la niña; estaba sentada en el suelo y en medio de las piernas tenía una palangana y jugaba con agua. Hablaba sola; y miraba caer las gotas de agua de sus manos como si fueran piedras preciosas. En cuanto me vio entró sin saludarme y al instante apareció sonriendo y traía a la madre de la mano: era alta y una especie de batón lila sujetaba sus grandes montones de carne. Se sacaba los pelos que le caían sobre la cara y quería ser amable. Pero la hija metió un pie entre la palangana y ella le pegó un manotazo en la cabeza. Yo estaba sacando el bolso cuando la niña vino, llorando a tomar la moneda que yo le iba a dar. En ese momento salió de entre la cortina sucia un soldado; se retorcía el bigote hacia arriba y miraba con condescendencia. Le di la mano a la niña y les hice señas a ellos–con un dedo y como si revolviera una olla– indicándoles que daría una vuelta con ella. La madre afirmó con la cabeza y empezamos a caminar hacia un montón de piedras.

Después quería que yo tirara otras muy grandes y se divertía cuando las salpicaduras eran altas. Al rato, yo estaba cansado, sudoroso y regresamos. Entonces vi salir de entre la cortina al soldado; pero estaba sin uniforme y tenía los bigotes caídos y mal humor. Yo dejé la niña y me fui enseguida. Al otro día volví pero la niña no quería jugar –tenía las manitas calientes y la cara muy colorada. La madre me dijo algo que no entendí; después salió el soldado uniformado y con gran sorpresa vi aparecer, en seguida, al mismo sin uniforme y como si se tratara de un doble; no se me había ocurrido que podían ser hermanos. El soldado uniformado y con gran sorpresa vi aparecer, en seguida, al mismo sin uniforme y como si se tratara de un doble; no se me había ocurrido que podían ser hermanos. El soldado había ido a España y sabía un poco de castellano; entonces me dijo que la niña estaba mala y que le harían una sangría. Esa noche yo hablé con la monja que había retirado sus manos por la cosquilla de mi pluma y le dije si no se podría disponer de un buen médico, porque a una niña muy flaquita querían hacerle una sangría. Ella levantó las dos manos y contestó:

—De cualquier manera y antes que nada hay que hacer una sangría; si el diablo está en la niña se escapará entre el rojo de la sangre.

Después que yo me había acostado y la luz de la vela se había quedado mirando la colcha amarilla yo pensé en lo difícil que sería combatir a aquellos médicos. Ellos dirían: “Y usted ¿qué autoridad tiene para...?”. Ni por un instante pensé en decirles que yo era del siglo XX. Y en caso de que hubieran comprendido mi pasada vida futura ¿yo sabría explicar algo de mi siglo? Muchas veces pensé en todas las cosas que en él utilicé y en lo poco que las conocí. Ahora, en el Renacimiento, yo no sabía hacer ni una aspirina.

Al otro día de tarde me dijeron que la niña estaba grave. Volví a la noche y sentí los sollozos de la madre, que a veces los interrumpía

para cantarle. Yo no me atrevía a entrar y sentía un perfume muy intenso que sería de una dama cuyo vestido lujoso vi por la cortina entreabierta. Hasta pensé que fuera Lucrecia; pero en ese momento apareció en un hueco de la cortina un ojo inmenso y el movimiento de una oreja peluda que me señalaba. Era una de las mulas que llevaban a los cortejos y a las cuales perfumaban con ungüentos. El soldado me puso una mano en el hombro y me hizo pasar. A la cabecera de la niña había una sola vela; y detrás de la madre estaban hincadas en círculo mujeres con rosarios. Yo salí en seguida. El soldado y el hermano no lloraban; pero yo no creí poder resistir y fui hacia un muro solitario y medio derruido; saqué el pañuelo pero no alcancé a llorar. El soldado me señaló, a la luz de la luna una montaña más o menos cercana. Al pie había un camino que daba vuelta en un valle; y allí enterrarían a la niña.

Al otro día vino a mi pieza la monja de las manos regordetas. Traía una botella y me dijo:

—Aquí le manda la señora Lucrecia este vino para que no le falte el aire; y dice que lo tome con confianza.

Yo había estado pensando en ir a la tumba de la niña; y ahora, lo que veía la botella se me ocurrió que también podría llevar comida y pasar el resto del día en el valle. Al poco rato ya marchaba con un paquete en la mano y la botella recostada en el otro brazo y contra el cuerpo como si llevara una niña de meses. El camino era blando, polvoriento y yo pensaba: "¿Hubiera sido capaz de ir allá sin el vino? ¿O de dejar en su tumba la botella sin abrir? ¿Esto no será pretexto para el placer de beber en la soledad de un valle?". Iba llegando a él cuando vi unos hombres; pensé que se escondían y que ocurriría lo mismo que cuando me robaron el bolso. Entonces me di vuelta. Me sentía humillado de tener que caminar ligero y volverme con el paquete y la botella. Pero al rato encontré al soldado, que venía en la mula y le pedí que me acompañara a la tumba de la niña. Cuando

llegamos al valle no había nadie. A mí solo me hubiera costado encontrar la tumba; estaba debajo de un árbol cuya copa era de un verde claro. La tierra negra, recién removida, estaba rodeada por palitos blancos de un corralito que parecía una cuna. La cruz estaba un poco inclinada de frente, y como si mirara hacia abajo. El soldado estaba a unos metros de mí y no se había bajado de la mula. Yo me empecé a sentir mal; miraba hacia la tierra, pero como suponía que el soldado me miraba a mí, no sabía qué hacer. No se me ocurría ningún rito en homenaje a la niña; de buena gana hubiera perfumado la tierra regándola con el vino. Pero no sabía qué pensaría el soldado. Tampoco tenía ganas de comer; pero debía sacar el paquete de allí, pues podrían revolverlo los perros y profanar la tumba. Más bien vendría al otro día y traería al gatito y a la plantita.

En gran parte del camino de vuelta el soldado fue comiéndose el contenido del paquete y bebiéndose el vino. Al principio, cuando él recién había empezado a comer a mí me vino un gran apetito; pero no me parecía bien pedirle un poco de lo que yo le había dado. Después me había entregado a mis pensamientos y había logrado recordar muchas cosas de la niña; pero de pronto desperté; fue cuando el soldado estrelló la botella contra las piedras. Después él, con la boca todavía llena, me dijo:

—Yo nunca pude saber si ella fue mi hija o mi sobrina.

Me quedé clavado en el camino; y mientras tragaba lo que terminaba de oír veía caminar la mula entre las piedras y recordaba a una mujer saliendo de un cabaret que yo había visto en mi siglo. Corrí hasta el soldado y le pregunté:

—¿Y su hermano qué dice?

Él me miró mientras su nariz ganchuda picoteaba al compás de los pasos de la mula y me contestó:

—Lo mismo.

Era al atardecer; yo tenía hambre y fui a una taberna antigua.

Había poca luz y frente a mí se sentó un vendedor de patos. Puso en el suelo la yunta que traía. Tenían las patas atadas, pero a cada momento aleteaban y se cambiaban de lugar. Después de los primeros vasos yo empecé a pensar en Lucrecia. Sentía placer en recordar lo que ella había dicho de mis ojos; y volví a pensar que cuando se quedó pálida debió haber sentido hundirse el cilicio en sus carnes blancas.

Cuando terminé la última botella hacía rato que faltaba el vendedor de patos. Anduve por entre las cosas que la luna iluminaba; llegué hasta las piedras que había cerca de la laguna y me senté encima de ellas como en una poltrona.

La noche permitía que yo estuviera dentro de ella; pero no era serio que yo la admirara; yo estaba complicado con aquellas comidas y aquellos vinos que me había traído a la mesa un mozo rengo que al principio tropezaba con los platos. Pero no importaba; de cualquier manera la noche parecía indiferente y cadavérica. Miré la luna y recordé haberla visto por primera vez ante un telescopio cuando en mi siglo yo ya había cumplido los cuarenta años. En aquel paisaje blanco y como de cementerio vi las sombras de inmensas montañas y se me heló la sangre. No podía hacerme la idea de que yo admiraba un paisaje que no fuera de la Tierra y me parecía que aquel atrevimiento lo tendría que pagar con la locura. Ahora yo me sorprendí con los ojos en la laguna y decidí tirar a ella una piedra; fui a tomar una triangular y oscura que había cerca de mi mano y de pronto ella saltó. Antes de darme cuenta de que era un sapo, la "piedra" tuvo tiempo de seguir saltando y llegar al borde del agua.

Después de acostado sentí la cabeza cargada con la idea de la niña; entonces empecé a llorar como esas lluvias lentas que duran toda la noche. Pero no lloré sólo por la niña: lloré hasta por las montañas de la luna. Yo estaba acostado sobre el lado izquierdo y del ojo derecho me salían lágrimas que al doblar el caballete de la nariz caían en la

almohada; otras llegaban frías a la mejilla izquierda. Dormí poco tiempo. Y cuando me desperté lloré de nuevo. De pronto me di cuenta de que yo quería recordar más cosas para poder seguir llorando. Entonces dejé de llorar.

A la mañana siguiente, al despertarme, recordé que me había prometido llevar al gatito y a la plantita a la tumba de la niña. Pero desde ese instante esa idea se me hizo insoportable y decidí salir de allí lo más pronto posible. Fui a decirles a las monjas que me iría ese día y que se lo comunicaran a Lucrecia. Ella me mandó buscar como a las dos horas y me preguntó por qué me iba. Yo le contesté:

—No quiero abusar de su hospitalidad.

Ella me miró con una sonrisa que quería decir: "A ti no te importa el abuso de la hospitalidad ni de los vinos". Pero sus palabras fueron éstas:

—¡Mentiroso! Usted se va porque lo ha trastornado la muerte de la niña.

Me quedé muy sorprendido. Entonces ella me dio un sobre y agregó:

—Es para España y le servirá de salvoconducto.

Después me dio una bolsa azul bordada que tenía en la falda. Era dinero. Me vino una alegría desproporcionada. No quise esperar más, me despedí apenas y salí corriendo para mi pieza con el deseo de ver el dinero que ella me había dado y de contarlo. Además sentí la esperanza de que en esas monedas viniera algo más de Lucrecia y pensé que al tocarlas encontraría algún secreto. Cuando abrí la puerta de mi cuarto entró el gato. Sentí un gran malestar pero vacié la bolsa en la colcha amarilla y quise echar al gato. Él se metió debajo de la cama y yo me decidí a meter las manos en las monedas. Se me cayó una al suelo y el gatito salió corriendo detrás de ella. Se la saqué, pero se me volvió a caer y se fue rodando debajo de la cama, en el lugar donde cayó aquella otra que la niña había tirado. Yo tenía que

olvidar todo y me parecía que era como matar a toda una familia de inocentes. Apenas salí de abajo de la cama con la moneda tropecé con la mesa e hice tambalear la plantita. Pero no importaba, junté todas las monedas y salí corriendo. Me acompañó la misma monja del primer día y antes de que termináramos de cruzar aquellos mismos patios y corredores, yo había perdido toda la alegría. Entonces empezamos a descender las escaleras. Yo pensé en los peligros del camino y tuve ganas de volverme. Pero no le hubiera podido devolver a Lucrecia la carta ni el dinero. Además no hubiera querido encararme con mis inocentes, aunque volví a pensar en todo lo que sufriría por haberlos traicionado. Pero en seguida me volvió la idea del camino. La bolsa nueva era pesada. Cuando la monja llegó al portón levantó los ojos y me sonrió. Yo no supe comprender aquella simpatía y le sonreí con cara de idiota, pues mi cabeza ya rodaba por el camino. El ruido que hizo el portón de hierro me taladró los oídos.

Explicación falsa de mis cuentos

Obligado o traicionado por mí mismo a decir cómo hago mis cuentos, recurriré a explicaciones exteriores a ellos. No son completamente naturales, en el sentido de no intervenir la conciencia. Eso me sería antipático. No son dominados por una teoría de la conciencia. Esto me sería extremadamente antipático. Preferiría decir que esa intervención es misteriosa. Mis cuentos no tienen estructuras lógicas. A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida. En un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta. La empiezo a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado: no sé cómo hacer germinar la planta, ni cómo favorecer, ni cuidar su crecimiento: sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos. Debo cuidar que no ocupe mucho espacio, que no pretenda ser bella o intensa, sino que sea la planta que ella misma esté destinada a ser, y ayudarla a que lo sea. Al mismo tiempo ella crecerá de acuerdo a un contemplador al que no hará mucho caso si él quiere sugerirle demasiadas intenciones o grandezas. Si es una planta dueña de sí misma tendrá una poesía natural, desconocida por ella misma. Ella debe ser como una persona que vivirá no sabe cuánto, con necesidades propias, con un orgullo discreto, un poco torpe y que parezca improvisado. Ella misma no conocerá sus leyes, aunque

profundamente las tenga y la conciencia no las alcance. No sabrá el grado y la manera en que la conciencia intervendrá, pero en última instancia impondrá su voluntad. Y enseñará a la conciencia a ser desinteresada.

Lo más seguro de todo es que yo no sé cómo hago mis cuentos, porque cada uno de ellos tiene su vida extraña y propia. Pero también sé que viven peleando con la conciencia para evitar los extranjeros que ella les recomienda.

La casa nueva

A Esterlina Vignart

Desde hace un rato estoy haciendo signos taquigráficos frente a un amigo que está del otro lado de la mesa del café. Le he pedido disculpas diciéndole que debo tomar unos apuntes. Él no lo juzgará mal. Siempre espera que yo haga algo que esté como fuera de la realidad. Lo que yo quiero, verdaderamente, es descansar los ojos –escribiendo me los canso menos–, la cara y el alma. Si yo no estuviera escribiendo tendría que mostrarle a mi amigo una sonrisa, un gesto y unas palabras que respondieran a ideas que él se ha hecho de mí y que a mí me conviene que las tenga. Él piensa que aunque a mí me quede poco dinero encima, eso no me preocupa mucho, porque soy un artista que vive, como dice él, "en una montaña de la luna" y que únicamente desciende en algunos instantes, lleno de gracia y perdón para esta pequeña ciudad, en la que se hace tan difícil que yo pueda dar aunque sea un solo concierto de piano. Por eso, porque no cree en mi angustia terrestre, es que me cuenta, con una riqueza increíble de detalles, todos los fracasos que ha tenido para financiar ese concierto. Pero yo no sólo estoy en la tierra, pensando cómo podré pagar el hotel y el ómnibus que me saque de aquí, sino que estoy en el suelo; y como me cuesta mucho levantarme y llegar a los altos lugares en que me han puesto las ilusiones que él se hace de mí, prefiero meter los ojos y la cara en este papel y

despistar a mi amigo con esta fuga de signos. Dicen que hay que tratar de reaccionar. Ya estoy aburrido de eso, pero pienso que si me dejo caer hasta el fondo de mi tristeza, es posible que tenga una mejor reacción después. Ahora quiero entregarme a prever lo peor. Tal vez tenga que lavar platos o trabajar de peón y destrozarme las manos. Sé escribir un poco a máquina pero, si al verme caído me desvalorizan del todo van a pensar que toco tan mal el piano como escribo a máquina. Dirán que si aquellas personas que antes me admiraban como pianista hubieran visto estas pruebas a máquina, mirando las hojas escritas, habrían descubierto que ellos no entendían nada de piano y que, a lo mejor, yo era tan mal pianista como dactilógrafo; ya en mala predisposición no escucharían la razón de que el piano lo estudié desde niño y que hace muy poco tiempo que escribo a máquina. Tampoco podría desafiar cualquier velocidad con la taquigrafía, ni se me ocurre quién la pueda necesitar en esta ciudad lenta, de la que tengo que salir a cualquier precio pero en la que tanto me gustaría quedarme.

Tuve que dejar de escribir un rato porque los ojos se me escaparon para la calle donde hay una arenilla verdosa que brilla al sol del verano; también se me iban a la sombra de los naranjos nacidos al borde de las veredas. Pero de pronto tuve que traerlos a la cara de mi amigo, porque al verme sin escribir me empezó a contar de nuevo lo del concierto. Me hace mal pensar que haya personas tan generosas como este hombre, que ha trabajado tanto por mí, y que yo esté tan lejos de ser así. Él mismo debe haber provocado la desaparición de los últimos pesos que quedaban en la Intendencia destinados a actos culturales; me decía que la semana pasada una muchacha había dado un concierto de canto y que el público sufrió mucho por lo desagradable y malo que fue, pero que la cantante venía acompañada por su madre y hubo que salvarlas. A raíz de eso el Intendente había dicho que por este año no habría más conciertos

con dinero de la Intendencia.

Los ojos se me habían trepado a las tejas de los viejos techos inclinados que tenían algunas de las casas. Para disimular lo del Intendente y hacer cambiar de conversación a mi amigo, le pregunté de qué tiempo serían esas casas. No me supo decir, pero enseguida empezó a repetir la historia del traslado del Inspector de Escuelas, causa por la cual la Inspección no podía pagar un concierto para los niños. Yo, con la misma tristeza y mientras esperaba algún cambio misterioso en mi situación, pensaba que de aquellas casas viejas habrían salido los que construyeron las otras, más nuevas, que no mostraban los techos, que parecían como hijas de las más viejas, pero que ya tenían simpatía de tiempos largos, y, sobretodo, si las comparaba con una nueva y antipática que yo trataba de hacer culpable de que me fuera mal, porque allí viviría gente moderna, de esa que le interesa la cultura en una forma tan falsa. Esa casa nueva había arrancado los naranjos de su vereda para lucir mejor unos grandes bloques desproporcionados que se había echado encima de la fachada. Además despedía una estridente luz blanca que primero llamaba a los ojos y enseguida los despedía con violencia. Ni siquiera permitía ver las casas vecinas. (Hacía algunos veranos yo había tenido relación con una de aquellas casas.) Mi amigo se encontró de pronto con que yo me había ido de allí –a la luna según él–, y le había dejado mi cara, sin duda inexpresiva como el traje que dejamos colgado en una silla mientras dormimos. Cuando me "vio" llegar de nuevo, volvió a tomar el tema del concierto y ya no lo pude abandonar hasta que se produjo un instante de molestia, que él salvó con gran dignidad y se levantó de la silla pidiéndome disculpas y una nueva oportunidad para arreglar mi situación. La cosa empezó con que una Comisión Pro Fomento Escolar tenía mucho dinero y podría haber ofrecido un concierto para los niños, pero había empleado todo el dinero ofreciéndoles un servicio de dentista. Después había

seguido el fracaso de los clubes: uno se había gastado todo en una fiesta y el otro no tenía ni para una fiesta. Entonces me dijo que, desde hacía tiempo, socios de los dos clubes habían formado un grupo de contribuyentes para actos extraordinarios, pero que aun "ésos" estaban "quemados" por los abusos. Y por último vino lo más sabido: que no se podría hacer un concierto vendiendo entradas porque no había ni tiempo, ni quien quisiera comprometerse para la venta y que, en el mejor de los casos, no cubrirían los gastos.

No sé bien por qué, cuando empezó a hablar de los contribuyentes ya quemados por los abusos, se encendió en el fondo de mi angustia cierta reacción incontenible. Entonces empecé a decir cosas que mi amigo interrumpía:

—Por favor, en el tiempo que nos queda para conversar, hablemos de algo más grato... (Tal vez yo tuviera que ir a la Comisaría por no pagar.)

—Aquí son unos...

—Asimismo me iré con el orgullo de tener un amigo...

—Un momento, déjeme...

—Yo vendré nada más que a veranear...

Fue aquí, que ya levantado de la silla, mirando para la calle y apoyando en la mesa unas manos muy viejas con unas uñas muy largas de bordes muy negros, me pidió las disculpas y una última oportunidad.

—Ud. no tiene por qué hacer este sacrificio. Eso me humilla más, mi querido amigo –alcancé a gritarle, casi.

Me quedé solo y con una mortificación increíble. Yo no quería deber aquella actitud tan digna con que parecía echar mano a las últimas reservas de su persona. Me alarmaba pensando en los medios a que él acudiría. Y, entonces, entregarme a una nueva esperanza de que él me salvara, me parecía canallesco. No quería que él perdiera la ilusión que yo le merecía. Por amor propio no quería que supiera el

miedo que yo tenía de esa situación, aunque él descubriera que yo escondía el miedo. Yo sabía que él valoraría el hecho de “no mostrar el fleco de los calzoncillos”, como había dicho él una vez hablando de otro. Pero, si por una parte a mí me convenía estar en un concepto que lo alentara a salvar la situación, ya que no había más remedio y ya que él tan generosamente se había ofrecido a resolverla, por otra parte parecía que yo lo utilizaba hasta un grado donde era vergonzoso emplear a otra persona en provecho propio. De muy poco me servía jurarme que le mandaría después un buen regalo. Además me mortificaba la desilusión de que mi piano no inspirara más deseos de oírlo, al extremo de permitir que este pobre amigo tuviera que sacrificarse tanto.

Por fin me encontré mirando con odio la casa nueva. Cuando estuve más tranquilo y casi resignado de entregarme a ser un poco canalla y perder un poco la vergüenza, pensé que no debía permitir a los ojos, como no se les debe permitir a los inocentes que conozcan y guarden odio. Además descubrí que tampoco debía manchar de odio a otros inocentes, a los recuerdos, a aquellos recuerdos que guardaba de una de aquellas casas.

Hacía algunos años me había despertado en el cuarto oscuro de un hotel de campaña y había descubierto que nuestros pensamientos se producen en un ámbito de nuestra intimidad que tiene calidad de silencio. Aun en el barullo más estridente de una gran ciudad, pensamos en silencio a dónde vamos, qué tenemos que hacer o en aquello que conviene a nuestros deseos. Pero todavía es más profundo el silencio en que se forman nuestros sentimientos. Sentimos el amor en silencio antes de que lleguen los pensamientos, después las palabras y después los actos, cada vez más hacia afuera, hacia el ruido. Hay pensamientos que se esconden en el silencio, que no llegan a ser palabras, aunque también realicen actos escondidos. Pero hay sentimientos que en el silencio se esconden detrás de

pensamientos engañosos. En el silencio en que se forman los sentimientos y los pensamientos, se forma el estilo de la vida y de la obra de un ser humano.

Desde aquella noche en aquel cuarto oscuro del hotel de campaña, he encontrado complacencia en descubrir los sentimientos y los pensamientos más distintos y contradictorios que existen, no sólo en distintas personas sino en un mismo ser humano. Tal vez a esto se deba que este amigo que me defiende, haya sentido mi comprensión en una época en que toda esta ciudad lo criticó. También se debe a eso la historia que me falta relatar de una de aquellas casas.

A las pocas horas de llegar por primera vez a esta ciudad, conocí a este amigo. En seguida él organizó un acto para un poeta a quien yo acompañaba en esas giras y para mí. (Hacíamos números de poesía y de música en el mismo espectáculo.) A los pocos días a nuestro amigo se le murió la madre. Lo trajimos del cementerio a la casa hecho un trapo. Lloraba de a ratitos como esas lluvias intermitentes. Cuando se fue el poeta, a quien todos admirábamos y queríamos tanto, lloró seguido un rato largo y después se durmió profundamente. Entonces se fueron todas las otras personas. Sólo quedamos una india vieja que dormía en otra pieza y yo, sentado en un sillón muy cómodo donde también me dormí. Esto ocurría al caer la tarde y él se despertó como a las diez de la noche. Entonces me pidió como favor muy especial que le fuera a buscar a una persona que estaba en el café de la esquina. Cuando se la traje y sin permitir que los dejara solos, mi amigo le dijo: “Mañana sin falta jugale treinta pesos a tal número”. Yo acompañé al que llevaba la jugada hasta la puerta y éste me dijo: “Está loco. Ese número es el que había en la cruz de la madre, en el cementerio”. Después lo dijo a todo el mundo.

Las consecuencias, para mi amigo fueron terribles. No sólo porque el número no salió y perdió los treinta pesos, que en aquella época era mucho, sino porque lo acusaron de profanación, de

usufructuar con la muerte de la madre; se hablaba de “treinta dineros” y se deducía que no había querido nada a la madre.

Aquí intervenía yo para indicar cómo era posible que pudieran vivir juntos en una misma persona, virtudes y defectos. Yo tenía para esto muchos ejemplos porque éste era “mi juego”. Así como mi amigo estaba siempre atento a la aparición de cualquier número, yo estaba atento a la aparición de sentimientos, pensamientos, actos o cualquier cosa de la realidad que sorprendiera las ideas que sobre ella tenemos hechas. Ya un poco aburrido de observar todo eso en mí mismo, también quería comprender qué cosas se producían en el silencio íntimo de los demás, si es que después lo demostraban –queriendo o sin querer–,y qué ocurría en el libre juego de las circunstancias. Ya había encontrado, precisamente, algo que me interesaba en el hecho de que mi amigo quisiera a la madre y tuviera pasión por el juego y de que la gente le fracasara la idea de que si era jugador no podría querer a la madre. Pero todavía en esta ciudad, me esperaban otras sorpresas que encontraría en mí mismo y en los demás.

El acto que hicimos el poeta y yo tuvo éxito. Él hablaba sobre Granada, por ejemplo –ése era uno de los números–, recordando la orgía del agua que los árabes habían hecho en la Alhambra para desquitarse de la que les faltaba en el desierto; hablaba de la luna como un alfanje bruñido, y antes de terminar sus palabras se dirigía a mí y yo empezaba a tocar “Granada”, la serenata de Albéniz. Aunque los dos números eran de interés y se referían a una misma ciudad, el misterio, la materia y el “silencio” de donde habían nacido eran diferentes, como lo son la literatura y la obra de cine a pesar de tener el mismo argumento y las mismas relaciones lógicas. Pero la gente que concurría a este acto nuestro, se complacía con la idea, con la coordinación exterior de la poesía y la música, y esas personas pensarían algo así como que acumulaban una mayor cantidad de

conocimientos sobre Granada. Como en aquellos momentos no hablaban ni aplaudían–ya que nosotros hacíamos los dos números sin interrupción–, a mí me encantaba verlos entregados a su "silencio"; y como además, al pasar de la literatura a la música se daban vuelta, parecían dormidos que cambiaran de posición.

La actitud de ellos, hasta cuando nos venían a felicitar, era tan conmovedora que nos hacían pensar que nuestra actuación no había sido tan buena como esa actitud, y que en realidad los engañábamos.

Entre los que se quedaron últimos, había un señor con su hija, que nos invitó a visitarlos al día siguiente. Ese señor se parecía mucho a Einstein. Además usaba melena casi blanca, hirsuta y colocada en la cabeza como la quincha de los ranchos. La corbata era de moña caída como las orejas de los perros. No hablaba casi nada, llevaba los libros en casas importantes y tenía no se qué puesto en la Intendencia; pero según él y la hija, era poeta. Ella hablaba de sus éxitos como recitadora y decía cursilerías con emoción falsa. A mí me convenía que hablara continuamente para disimular el hecho de que no podía sacarle los ojos de encima. Yo trataba de separarla de sus palabras como quien separa una golosina de infinitos cartones, papeles, hilos, flecos y otras incomodidades.

Al día siguiente fuimos a visitarlos a una de aquellas casas de techo de tejas que yo veía ahora. Entramos a un zaguán lleno de plantas y a una salita llena de chucherías que aparecían más frágiles y confusas en las últimas cortinas de sol empolvado. Yo tenía miedo de pisar un gato negro que había debajo de mi silla o de tropezar, en cualquier ademán, con una de las mesitas de patas débiles que tenía otro gato. Éste era blanco, de tiza y si se caía arrastraría con él otras chucherías. Sin embargo la recitadora hacía toda clase de movimientos con una seguridad envidiable y hasta se permitía entornar los ojos. Yo le decía a mi compañero poeta, que la actitud de ella cuando ponía así los ojos era entre el infinito y el estornudo.

Pero era divina y yo me encontraba con todos mis sentimientos trabados. Ella recitaba poemas del padre, quien bajaba la cabeza cuando elogiábamos sus bellos sonetos. Yo elevaba la mía hasta la hija y ella me miraba con los ojos cada vez más entornados.

Ahora, después de unos años me encontré yo con mis ojos entornados, no sólo por los recuerdos, sino por la angustia de no poder pagar el hotel y el ómnibus. Pero todavía existen ángeles inesperados que sacuden las alas. Llegó mi amigo sacudiendo los brazos y reprochándome por qué yo no le había dicho que el intendente era tan amigo mío, que sacaría dinero de otro rubro y que esa noche yo debía encontrarlos allí, en ese mismo café.

A la noche encontré solo a mi amigo. Pero él me dijo: “No, dice que vayamos a la casa”. Y después de unos pocos pasos, levantando el índice –que bien podía ser para señalar mis errores que él no conocía–, oprimió el timbre de la casa nueva. Entramos a un patio desolado con una mesa de comedor vieja. Aún tenía encima un mantel arrugado lleno de migas y una cafetera descascarada. Después nos hicieron pasar a una sala con mesas débiles y el gato de tiza. Por fin apareció el poeta y cuando le pregunté si le iba bien, él me contestó: “Esta mañana, cuando mi hija me hizo la corbata –la de moñas caídas como las orejas de los perros–, me dijo: ‘Padre, usted es un gran poeta, tiene una alta posición social y una casa nueva”.